

14 SET 1919

La Esfera

Año VI * Núm. 298



Precio: 60 cénts.



ASUNTO MÍSTICO, cuadro de Tiziano, que se conserva en el Museo del Prado

Overland

La fábrica de automóviles más importante del mundo
250.000 coches de categoría lanza anualmente al mercado

Proveedora en España de

S. M. el Rey Don Alfonso XIII.
Príncipes Pío de Saboya.
Duques de Santo Mauro, Santaña, Peñaranda,
Tamames, Extremera, etc.
Marqueses de la Mina, Viana, Aulencia, Flores
Dávila, Bolaños, Mudela, Monte Florido,
Orani, Portago, etc.
Condes de Valdelagrana, Limpias, Adanero, etc.

Potencia, seguridad, elegancia, economía, máxima
comodidad, se obtienen con el auto-móvil «Overland».

De 4, 6 y 8 cilindros, con y sin válvulas.
De 10 á 60 HP, entrega inmediata.

GARAGE "EXCELSIOR"
Alvarez de Baena, 7 MADRID

WILLIS-OVERLAND, Inc.
Toledo, Ohio, E. U. A.



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

FOTOGRAFÍA

BIEDMA

Alcalá, 23.--Teléfono 730

Casa de primer orden Hay ascensor

LA MAGNESIA BISURADA

quita los dolores
del estómago
en cinco minutos

ó de lo contrario se le devuelve su importe con sólo pedirlo. Si sufre usted de gastritis, indigestión, dispepsia, ó si los alimentos que toma le pesan de un modo enorme en su estómago y no puede dormir por las no he debido al malestar, vaya en seguida á un buen farmacéutico y compre Magnesia Bisurada, que se suministra en polvo ó en pastillas. Tome dos ó tres pastillas ó una cucharadita de polvo en un poco de agua caliente después de las comidas, ó cuando sienta dolor, y verá cómo muy pronto contará á sus amigos cómo se curó de su mal de estómago. Cuando siempre de pedir Magnesia Bisurada, pues cada paquete encierra una garantía de que dará satisfacción, ó de lo contrario se devuelve su importe.

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTICULOS PARA LAS ARTES
GRAFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

SE VENDEN los clichés usados en esta
Revista -:-: Hermosilla, 57

HERMOSA

lo está toda mujer
que se fricciona con

ALCOHOLATO

Perfume exquisito.
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

SIEMPRE 20 AÑOS



La BRILLANTINE EMILMAT es verdadero elixir de vida nueva para el cabello, cuando éste, por efecto de los años, enfermedades ó otras causas, ha perdido su esplendor, su luz ó su color natural.

Unas pocas fricciones con BRILLANTINE EMILMAT dan al cabello enfermo la brillantez y hermosura del cabello sano y devuelven rápidamente el color natural en todos los casos de encanecimiento. Su uso impide la salida de las canas. Se aplica como una loción cualquiera. No engrasa, ni ensucia.

Estuche: Ptas. 4, en perfumerías y droguerías
Por mayor: EMILMAT, Sa'ud, 5, Madrid
Se envían gratis folletos de los métodos EMILMAT



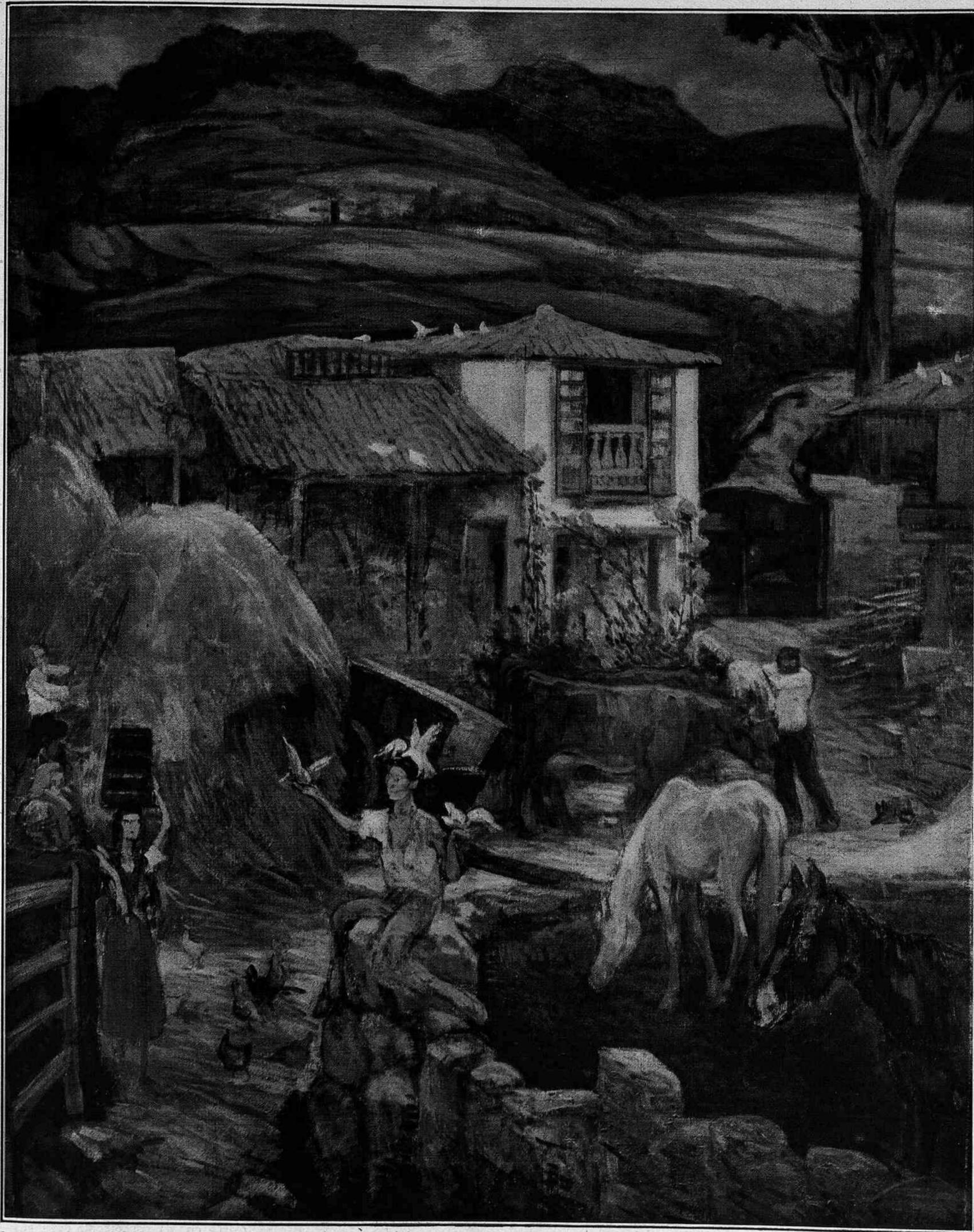
POUR VOTRE TOILETTE,
MADAME

La Esfera

Año VI.—Núm. 298

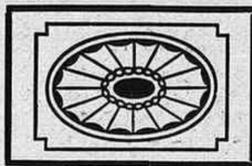
13 de Septiembre de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

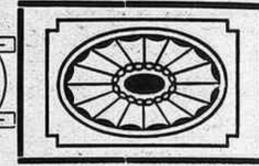


LAS PALOMAS

Cuadro de Evaristo Valle



DE LA VIDA QUE PASA
¿METAPSÍQUICA?



Cuando la investigación duda y vacila, París abre un nuevo Centro de investigación; cuando todas las ciencias fracasan, Francia crea una nueva ciencia. Los profesores Charles Richet, Teissier, Calmette, Geley (director), Camilo Flammarion y algunos otros sabios, fundarán este otoño el «Instituto de Ciencias Metapsíquicas», y estudiarán los fenómenos llamados antes de *ocultismo* con severo rigor metódico: la hipnosis, el magnetismo animal, la sugestión, el sonambulismo y el desdoblamiento de la personalidad. Y también la historia del milagro aparente, desde Odino hasta la Saleta, en los poseídos de Loudun y los convulsionarios de San Medardo, la cubeta de Mesmer y el fluido de Cagliostro. Hay que suponer que, asimismo, será estudiada la telepatía, los presentimientos, los cambios de lugar de objetos sin contacto, las materializaciones, etc.; todo un universo desconocido que se llamó maravilloso, como si no lo fuera todo cuanto ha sido estudiado por los hombres mediante la ciencia positiva.

Temen los fundadores del Instituto ser desaprobados por la ciencia oficial universitaria, por los creyentes de las diferentes confesiones y por los incrédulos; ser ridiculizados, como todos los iniciadores. Es cierto: nadie es tan intransigente como quien cree hallarse en posesión de toda la verdad. Sin embargo, la inteligencia humana, nescia del por qué de las cosas, apenas si ha desbrozado el camino del conocimiento. Para evitar semejante espejismo, los fundadores de la *Metapsíquica* no son espiritistas, aun cuando el espiritismo sea, en su opinión, una creencia consoladora; no son teósofos, aun cuando la Teosofía sea, en su sentir, una hipótesis racional. Van, sencillamente, a indagar en el laboratorio. No creen en lo sobrenatural. No hay sobrenatural; no hay sino *extraordinario, supranormal*. Hay que ver; hay que experimentar. «Existen más cosas bajo el cielo y sobre la tierra—decía Hamlet—que las que ve nuestra pobre filosofía.»

El problema del origen de los espacios, y el más general de la evolución, no han encontrado todavía solución satisfactoria. Las famosas teorías de Darwin y de Lamarck son insuficientes. Se asiste al desplome de las doctrinas de factores clásicos, para explicar el origen de las especies, de los instintos, las bruscas transformaciones de los seres vivos, la cristalización inmediata de los caracteres específicos. Se ve el derrumbamiento de las teorías psicológicas clásicas, principalmente de la que considera (Vogt) el pensamiento como una secreción de los centros nerviosos. Es en el estudio de lo subconsciente y de lo inconsciente donde hay que buscar la clave de tan arduos problemas. El doctor Geley, auxiliado de aparatos y fotografías, cree haber llegado a la concepción de un *dinamismo vital y psíquico*, que crea representaciones materiales y las anima. Efectivamente: tal es el derrotero de toda la anímica experimental. «Es más fácil y lógico—decía ya Spencer—traducir y explicar lo que se llama materia por lo que se denomina espíritu, que lo inverso.»

No hay frases suficientemente laudatorias para elogiar el noble propósito de los fundadores de la nueva ciencia. Lo ignoramos todo. El mundo de lo que Flammarion llama de «L'Inconnu» y Roso de Luna denominaría de la cuarta y sucesivas dimensiones, el entrevisto por Mme. Blavatski y presentido

por Eusapia Paladino, gira con poder de charlatanes. «Es casi imposible—decía hace tiempo M. Richet—separar lo verdadero de lo ficticio, lo real de lo simulado.» Toda tentativa para echar abajo las teorías apriorísticas de los que Nietzsche llamaba con razón *hacedores de velas* y por columbrar lo que hay en el fondo de la Psiquis, será siempre un noble y generoso propósito.

Ya ven M. Geley y sus insignes colegas que les hacemos completa justicia. Hace falta ahondar en el nuevo estudio; pero ¿por qué llamarlo *Metapsíquica*? Si es difícil comprender algo más allá de lo físico, dando a esta palabra un significado amplio, puesto que todo es natural y nada sobrenatural, es casi imposible imaginar algo *más allá* de lo psíquico. Semejante denominación es ya un apriorismo, y denota cierta sumisión supersticiosa a lo maravilloso y supranatural, que se ha negado previamente. Ya la Metafísica, en Schopenhauer, comprendía la totalidad de la experiencia, interna y externa.

Igual sentido experimental la concedieron Wundt, Clifford, Guyau, Salmerón y Varona. El doctor Geley no puede hablar de *ultraexperiencias* en el universo de las experiencias.

La moderna Psicología es también experimental. La fuerza psíquica necesita ser estudiada objetivamente y *con aparatos*, lo mismo que el calor y la electricidad. Tal vez no hay sino una sola ciencia: la Dinámica, sujeta a los principios del cálculo integral é infinitesimal y de la Mecánica algebraica. Únicamente la carencia de datos y factores, la necesidad de la especialización del trabajo justifican ó disculpan una clasificación de las ciencias. No es preciso crear una ciencia nueva, y menos una *Metaciencia*, para comenzar el estudio de un orden de fenómenos.

Todos los considerados como prodigiosos, y que caen dentro de la esfera del llamado *ocultismo*, pueden ser clasificados en cuatro grandes grupos: unos son individuales, y se dan dentro de un solo sujeto (adivinación, presentimiento, desdoblamiento, etc.), y entran de lleno dentro de la Psicología, y huelga decir que experi-

mental. Otros se verifican por la comunicación entre dos ó más individuos (hipnotismo, sugestión, transmisión del pensamiento, telepatía, etc.), y suponen ya el estudio de un medio psíquico, y pueden tener ramificaciones en la Pedagogía y la Terapéutica; pero son siempre hechos psicológicos y no pocas veces fisiológicos. Un tercer grupo comprende los fenómenos producidos por los individuos sobre los objetos (veladores, puertas que se cierran, cuadros que caen, coincidiendo con hechos lejanos, crecimiento súbito de plantas bajo la mirada de los fakires, etc.), y pertenecen al estudio de la Psico-Física. Por último, los fenómenos considerados como maravillosos, en que el sujeto no interviene, son de la competencia de la Cosmología, y, en general, de la Física; claro es que de la Física moderna, que se apoya en la matemática, y no se atiene únicamente a lo llamado materia inerte, que ni es materia ni es inerte. No todos estos hechos pueden ser estudiados de igual manera, ni por los mismos especialistas. Pero una Metafísica, una Metapsíquica, un Metacálculo, son abstracciones cada vez más incomprensibles. Todo es natural, todo cae dentro de un dinamismo, y, si se quiere, de un espiritualismo dinámico. Ni Mandley ni Mantegazza al crear la Fisiología del espíritu, ni Ribot al estudiar la voluntad ó la atención, ni Mosso al indagar las leyes del miedo, ni los discípulos humildes que actualmente estudiamos la envidia y el odio, hemos pensado en una Metapsíquica. Todo es *cite y meta*. Todo es más acá y más allá. Fuera del consabido círculo cerrado, y en el Universo de la hipótesis, todo nos es desconocido; pero todo pertenece a una misma categoría de hechos y de leyes. No hay más que una ciencia que, acaso, nos será por siempre *negada*; pero no importa: *laborabimus*.

¿Bases para una nueva Moral en la Metapsíquica? ¿Consuelos? ¿Esperanzas? ¡Ay! No. Sigue valedera la sentencia del Eclesiastés: «Toda ciencia añade dolor»; pero necesitamos indagar: es nuestra función propia. Animales de pensamiento, necesitamos conservar la especie ontológica, fecundar los huevos de la nueva ideación, y luego morir, pero con el espectáculo del cielo estrellado sobre nuestras cabezas y el sentimiento del deber en el fondo del corazón.

ANTONIO ZOZAYA



LA ESPADA DE ATILA

De tremenda actualidad es el poema breve que, con este título, escribió Conrado Meyer, el más famoso entre los modernos poetas suizos de lengua alemana.

Dijo el rey al caballero:
—Por mí quebraste tu espada;
escoge de mi armería
aquella que más te plazca.

Y el noble dijo al armero:
—Den y muéstrame las armas;
el rey escoger me deja
la mejor de las que guardas.

Y va probando una á una,
ésta deja, aquélla aparta;
y, al fin, todas las desdeña
por una disforme y bárbara.

Medrosamente el armero
le dice:—Señor, dejadla.
¿Es la de Atila! ¿Quién osa,
cuando duerme, despertarla?

—Dámela, que la victoria
ha de darme en la batalla.
De nuevo vuelve á la lucha,
que vas á verte saciada.

Y el hierro tosco de Atila
hiende y corta, tunde y raja;
no es el brazo quien le mueve,
que lleva en sí la matanza.

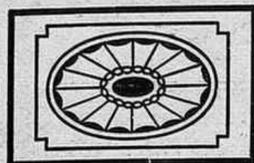
Se extingue la luz del día;
la luna, como guadaña,
en la lividez del cielo
teñida en sangre se alza.

—Basta, hierro sanguinario—
dice el caballero—Basta.
Detén tu furia inclemente.
Detén tu incansable rabia...

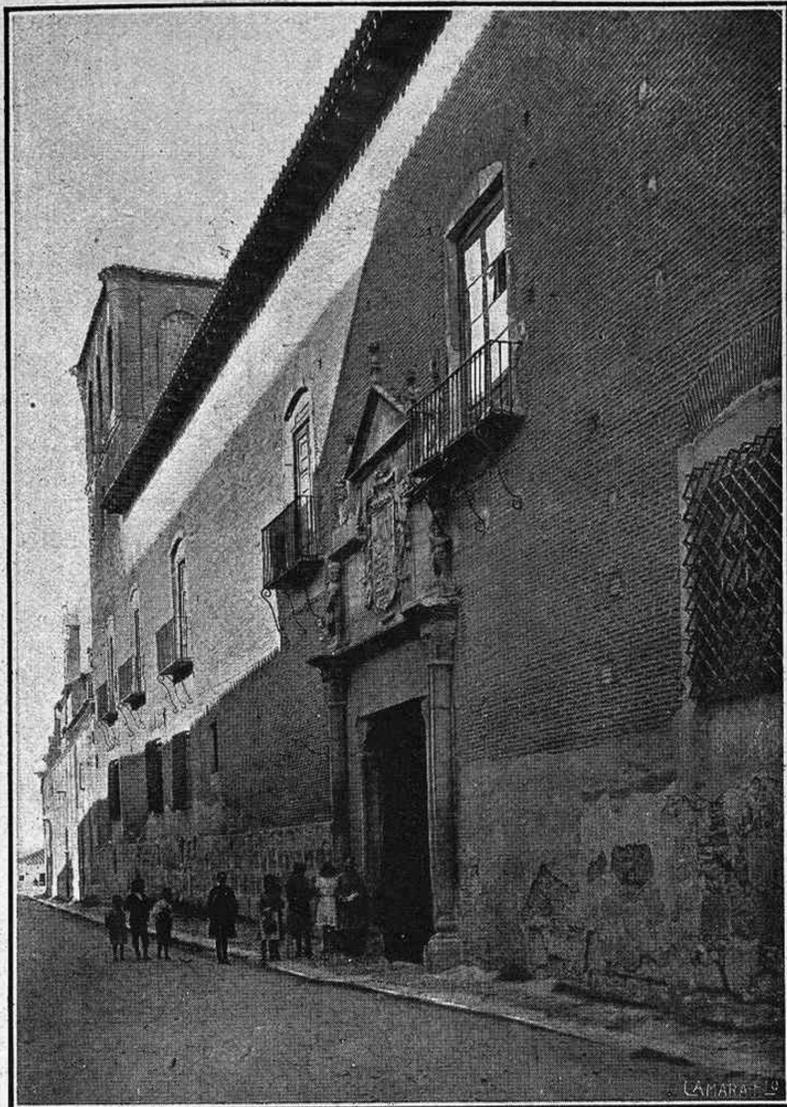
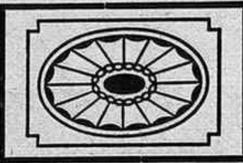
Pero el caballo tropieza,
arrojándole á distancia,
y el tosco hierro de Atila
por el pecho le traspasa.

CONRADO MEYER

Trad. de Francisco A. de Icaza



ARTE ESPAÑOL
EL PALACIO DE LOS DUEÑAS



Fachada del palacio



Gran escalera

FOTS. DEL AUTOR

EN un callejón de la vieja Medina del Campo tiende su ancha fachada de ladrillo la casa de los Dueñas. Tan sólo ennoblecen el exterior del vasto palacio dos torreones laterales y un pesado escudo de armas sobre la puerta adintelada. Puerta bien sobria, con su par de columnas, sus angelotes flanqueando el blasón y su frontoncillo triangular decorado con filamentos.

Pero ya el amplio portalón anuncia la riqueza de la casa. Negro, patinado, con riquísimo techo, de friso y viguería tallados menudamente con la finura renacentista, cubre el vasto zaguán.

De él, por una puertecilla, pásase al magnífico patio, centro de la casa. Es el del palacio de los Dueñas uno de los más hermosos patios de la comarca. Las galerías, de claustro y sobreclaustro, se abren por arcos zarpaneles que se apoyan en columnas lisas abajo y estriadas arriba con un juego de capiteles variadísimo, de lo más rico, original y primoroso que pudo producir el arte del siglo XVI en estos elementos. En las estribaciones resaltan medallones con bustos de reyes de cuidadísima talla, y, en los ángulos, escudo de armas con celada de gran cimera. Frisos rosáceos y cornisas muy trabajadas rematan los dos alturas del patio, hoy algo alterado por hallarse cerrada la arquería alta, que tiene una buena balaustrada de piedra.

En el claustro bajo, y ante una puertecilla, se tiende una escalinata de dos pendientes, con un parapeto muy labrado de grutescos y blasones, en otra ala de la galería se abre un gran arco que da paso á la soberbia escalera principal, ancha, suave, con balaustre exornado, pilastrillas cuajadas de relieves y rematadas por estatuas y gran logia en lo alto abriendo á la galería superior...

No resta más del suntuoso palacio de los Dueñas, donde se aposentara Carlos V—según quiere la anécdota—cuando caminaba al retiro de Yuste.

Dicen que, para honrar al César, dispuso su huésped, en la cámara imperial, un brasero de oro donde ardieran no sé qué especies aromáticas riquísimas.

Tomólo Carlos á orgullo desmedido, y orgullosamente mandó retirar el brasero, y encima, al día siguiente, ordenó pagar el hospedaje, para no arreaderlo.

Pero otros cuentan cosa distinta y más prosaica. El huésped Rodrigo de Dueñas era—según esta versión—acreedor del César, y no de poca monta. Y honrado el medinense con la posada del gran deudor en la casa, presentóle entre dos platos de oro—como una maravillosa golosina—el vulgar pagaré firmado por el emperador, dándole así por horro y quito de la deuda. Y parece ser que Carlos V no se indignó por ello.

Bien. Lo cierto es que suena como huésped del emperador Rodrigo de Dueñas.

Sin embargo, se puede afirmar que el palacio fué levantado por D. Buenaventura Beltrán, quien casó á una hija suya, doña Mariana Beltrán de Mella, «con el primer mayorazgo de Rodrigo de Dueñas»—dice Ossorio.

Es decir, que la casa está construída por un Beltrán, y que, por alianza, fué á parar á los Dueñas.

De los blasones que aparecen en la fachada y en el patio, uno parece de los Mendoza, otro es parlante de los Zapata y otro—águila cortada por tres fajas—es de Mella. Este apellido lleva la hija de Beltrán, como se ha visto.

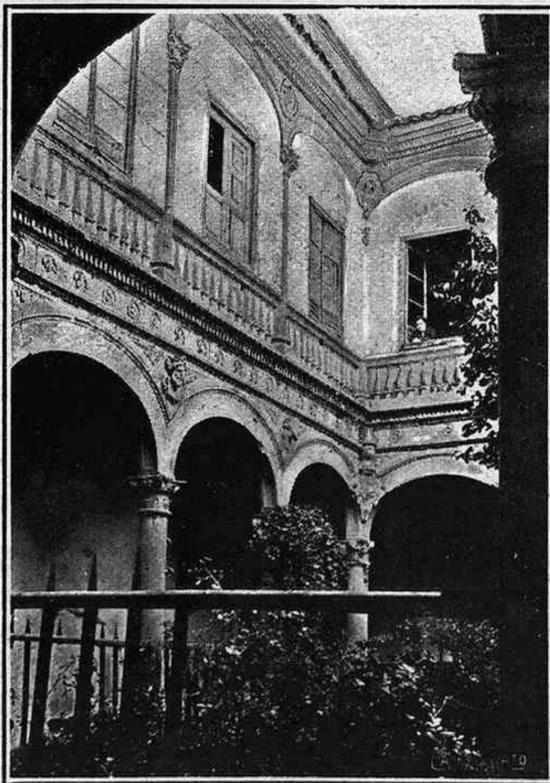
No tiene, pues, nada de Dueñas la casa de Medina.

Se discute sobre quién de éstos fué el yerno de D. Buenaventura Beltrán.

El Sr. Tormo se inclina por Rodrigo—fundador de la Casa Blanca—; el Sr. Agapito y Revilla opina por el hijo de Rodrigo, Francisco de Dueñas Hormaza.

¿Quién de ellos la poseyó primero? Probablemente el último, que sería el que casó con doña Mariana. Mas, en la anécdota del emperador, aparece como huésped Rodrigo...

Lo importante, sin embargo, es la casa misma, bellísima y lujosa residencia urbana de caballeros ó de espléndidos burgueses que tuvieron blasón y supieron honrarle.

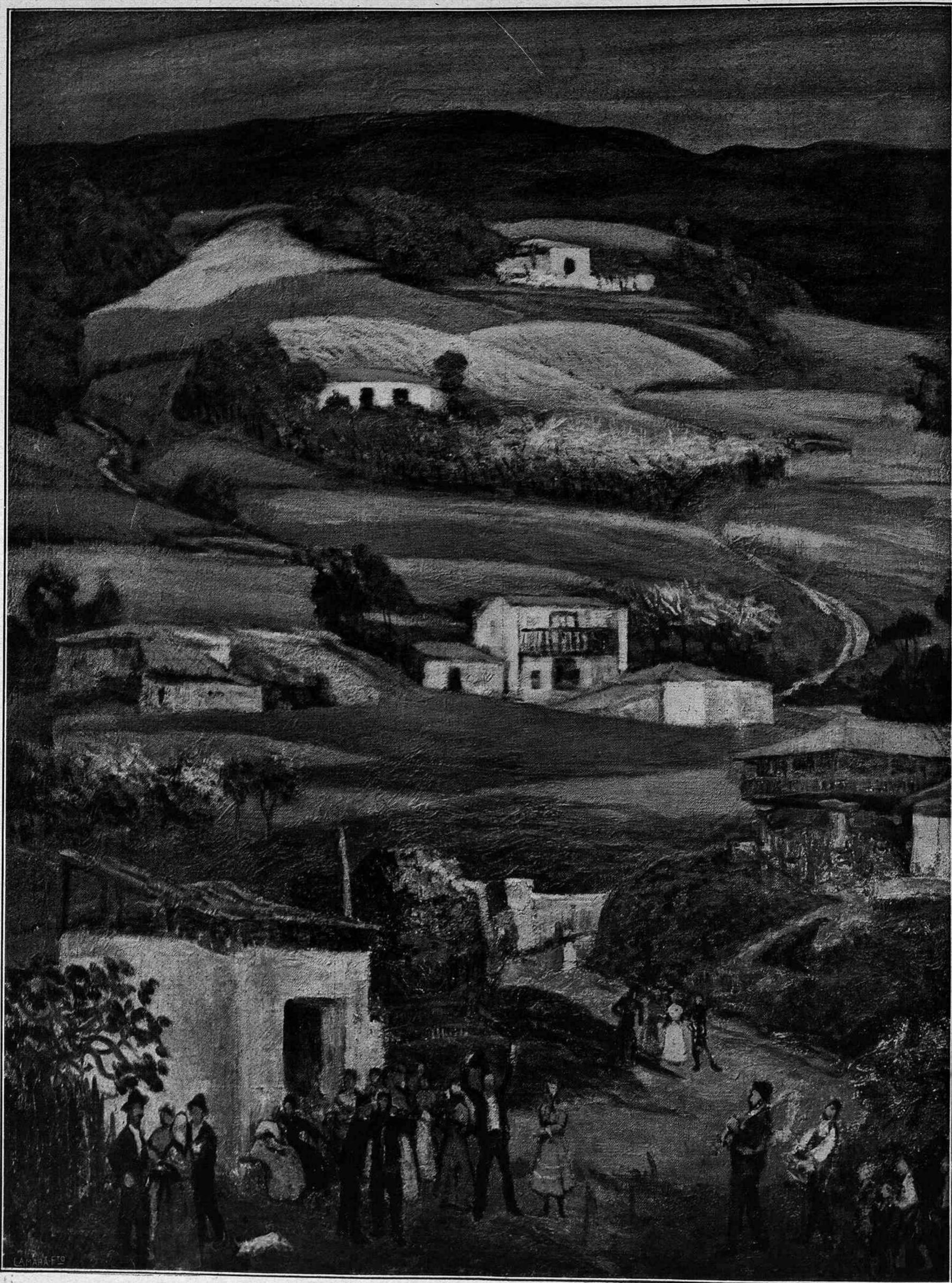


Patio central

FRANCISCO ANTÓN

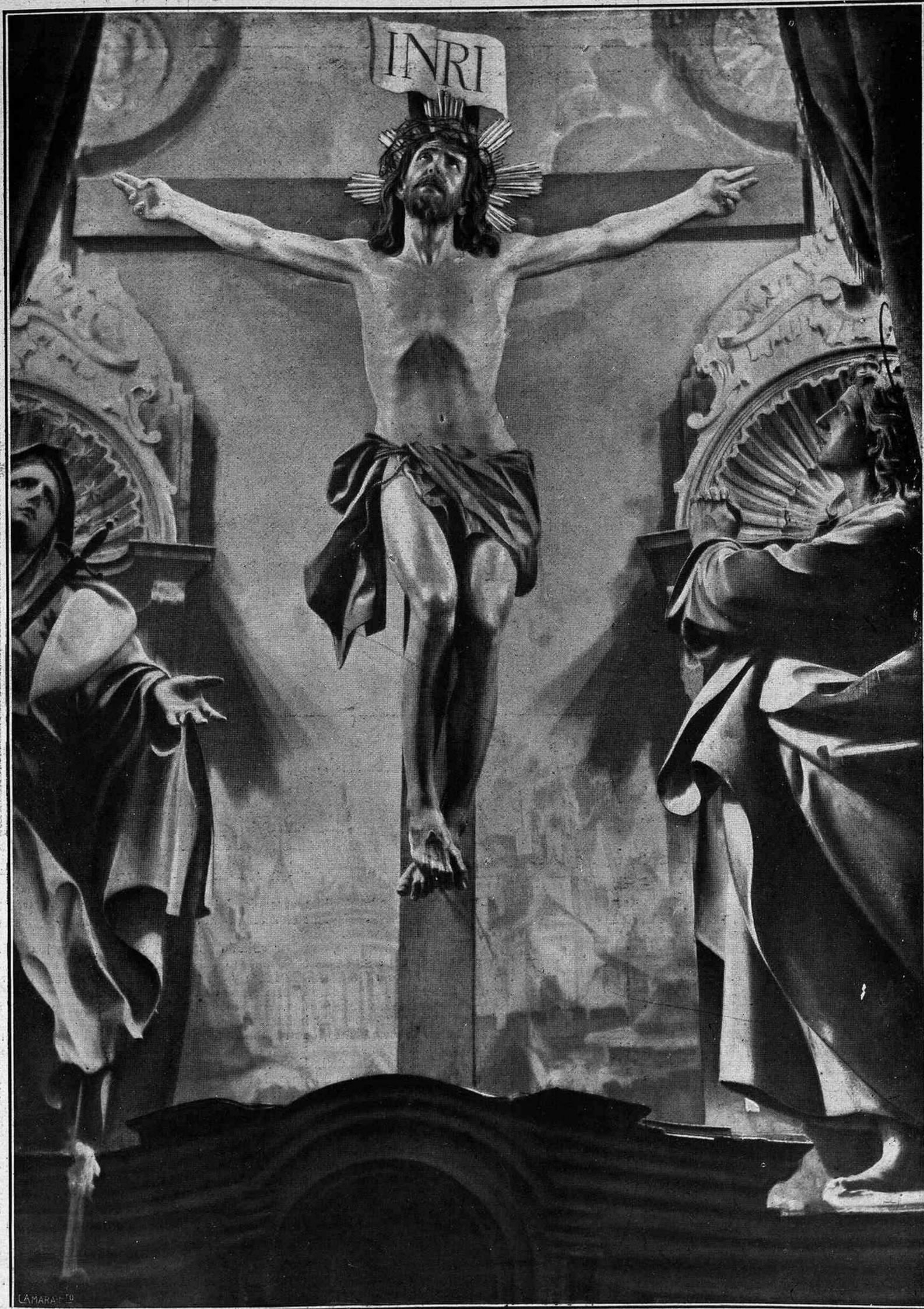
LA ESPERA

PAISAJES ASTURIANOS



TARDE DE DOMINGO, cuadro de Evaristo Valle

EL CRISTO MILAGROSO DE LIMPIAS



El Cristo de Limpias ocupa por entero la atención de los católicos y mantiene vivo el fervor en todos los pechos y la fe en todos los espíritus. El enigma del milagro surge inquietante y misterioso en la mirada del famoso Cristo, que, frente al sobrecogimiento de los devotos, parpadea como si en el suplicio de la Cruz que lo sostiene per-

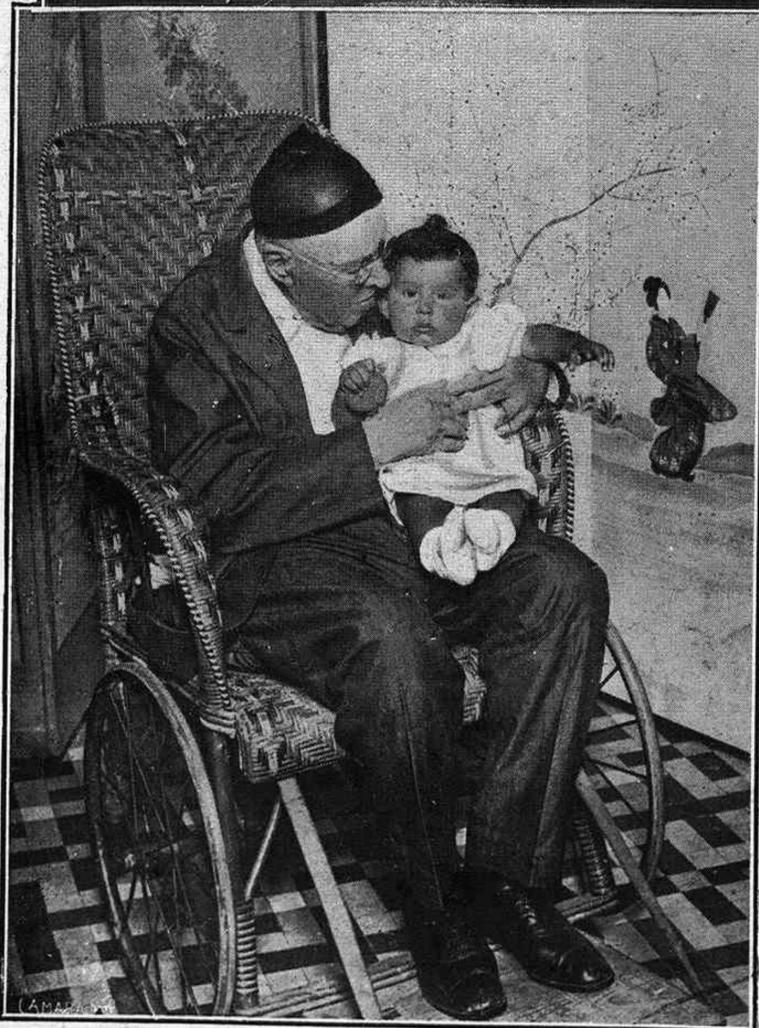
durara aún, trágico y terrible, el momento desconsolador de la agonía. La venerada imagen ha llenado con el sobrenatural prodigio los ámbitos de España, y de todas partes acuden en peregrinación los fieles, atraídos por el caso excepcionalísimo, que se repite diariamente y se acredita por el testimonio de los visitantes.

FOT. ARAUNA

MUERTE DE UN ESCULTOR CATALAN
VENANCIO VALLMITJANA



El ilustre escultor catalán D. Venancio Vallmitjana en su estudio FOT. BALLELL



Vallmitjana con su bisnieto
(Fotografía hecha pocos días antes de la muerte del ilustre artista, por Merletti)

Un gran artista ha rendido su tributo á la muerte en la ciudad de Barcelona, cuando su fama legítima coronaba del oro de la gloria los tranquilos días de su noble vejez.

Venancio Vallmitjana, escultor catalán notabilísimo, decano de los artistas barceloneses especializados en este ramo de las artes bellas, era un sólido prestigio y una firme reputación. Su larga vida, porque ha muerto cerca de los noventa años, fué una serie no interrumpida de aciertos y triunfos.

Desde mediados del siglo XIX, Vallmitjana descolló notablemente en su profesión, singularizándose por la independencia de sus concepciones y la originalidad de su procedimiento, que respondía á una manera personalísima, á un estilo propio, muchas veces en pugna con las reglas y los rumbos del arte que pudiéramos llamar oficial de la época. Su temperamento, sutil y rebelde, no se plegaba á otras normas que á las que le trazaba su propia inspiración, por entender que el arte, como hijo del espíritu, no podía sentirse ni apreciarse con arreglo á una pauta determinada. Este acertado criterio, y el mérito indiscutible de sus obras, le dieron rápidamente una personalidad que culminó y se afirmó bien pronto, á pesar de la saña con que fué combatido por el decadentismo artístico de su tiempo. Desde 1880 á 1890 alcanzó la más grande altura en su arte, posición que supo conservar sin retroceso hasta su muerte.

La Exposición Universal que celebró Barcelona proporcionó á este artista uno de los mayores éxitos de su carrera. Siendo como son estos certámenes poco dados á obras definitivas, el trabajo de Vallmitjana mereció la distinción de ser admirado y celebradísimo, y especialmente conservado á la terminación del importante concurso.

Barcelona guarda muchos recuerdos de la inspiración de Vallmitjana. Gran parte de los monumentos de sus hombres públicos son debidos al escultor que desaparece, y numerosos edificios monumentales de la bella ciudad catalana están prestigiados con esculturas que llevan la firma de este catalán ilustre.

Activo, inteligente, sutil y trabajador incansable, fué pródigo en su obra, que enriquece los museos y embellece inimitables salones de próceres y millonarios.

Los estragos del tiempo no hicieron mella en su voluntad ni en su fervorosa devoción, que se mantenían jóvenes y fuertes y seguían á diario rindiendo el homenaje debido á su incansable tiebre creadora, saturada siempre de mocedad ingenua y de sano y confortador optimismo.

LA ESFERA

BELLEZAS CHILENAS



DOÑA ROSA PEREIRA DE BEZA

Bella dama de la alta sociedad de Santiago
de Chile, con su linda hija

FOT. REMBERT

H. Doc

CUENTOS EXTRANJEROS

EL BARRIL DE CAVIAR

CUANDO la insurrección de los boxers estalló en el norte de China, los pocos europeos diseminados por las lejanas provincias, acudieron á reunirse en el más cercano puesto de defensa. En espera de que un socorro llegase, defendían caramente su vida; pero llevaban ya cuatro días sitiados, y tanto las municiones como los alimentos no tardarían en terminarse, dejándoles sin recursos. Felizmente, la noticia de que una escuadra europea cruzaba por el golfo de Liang-Toung, del que el puesto de Ichau sólo distaba unas cincuenta millas, animó á la pequeña guarnición, dándole el convencimiento de que la liberación llegaría en el plazo que le quedaba de resistencia. Y hasta el martes por la noche nadie se atrevió á pronunciar una palabra de desaliento.

El miércoles, la fe de los sitiadores se debilitó un poco. El horizonte permanecía desierto, mientras las líneas de los agresores se acercaban de tal manera, que ya se distinguían las horribles facies y se oían insultos é imprecaciones. Al anochecer, los sitiados—el coronel Dresler, antiguo soldado de la infantería alemana; el profesor Mercer, viejo entomologista; el joven diplomático inglés Ainslie, y Ralston el ingeniero, que pasó la noche escribiendo cartas de despedida—empezaron á sentir una angustia silenciosa y opresora.

Sin embargo, las señoras—miss Sinclair, la enfermera; Mrs. Patterson y su hija, la encantadora Jessie—conservaban toda su serenidad. El padre Juan, misionero francés, acostumbrado á considerar el martirio como una gloria, se sentía acaso más molesto por la presencia de Mr. Patterson, pastor de la iglesia presbiteriana, que por la espantosa perspectiva de caer en manos de los boxers.

Pero el jueves, Ainslie, desde la torre del reloj, percibió el sonido del cañón, prueba segura de que el socorro estaba en camino y no tardaría en llegar. Ya era tiempo; los cartuchos escaseaban, y las raciones de víveres se reducían exageradamente; pero ya nada importaba, puesto que la liberación era cosa segura. A la hora del almuerzo, toda la compañía se reunió en torno de la mesa con esa alegría desbordante y locuaz que estalla más viva aún á la sombra de la muerte.

—¡Vamos, profesor Mercer!—gritó Ainslie—, saque usted el barril de caviar.

—¡*Postausend!*—murmuró el coronel—, ya es hora de que probemos ese famoso caviar.

Las señoras asintieron, y todo el mundo reclamó con gran interés el barril.

La exigencia de semejante lujo gastronómico tenía su explicación. La víspera de la sublevación, el entomologista había recibido un barril de caviar. Al racionar los víveres, se acordó guardar el barril y tres botellas de «*Lácryma Christi*» para festejar el día de la salvación.

—Esperaremos aún—dijo el profesor, moviendo dulcemente su cabeza gris—. Nuestros salvadores tienen mucho que hacer hasta llegar aquí.

La protesta fué general. —No deben de estar ya más que á diez millas; de modo que, á lo más tardar, estarán aquí á las siete de la tarde—declaró perentoriamente Ralston.

—Pero necesitarán un par de horas para ganar la batalla—agregó el coronel.

—¡Ni media hora!—exclamó Ainslie—. ¿Qué pueden esos bandidos con sus sables y sus mos-

quetones contra nuestras armas tan modernas?

—Todo depende de quien mande la expedición—dijo Dresler—. Si, por suerte, tienen al frente un oficial alemán...

—¡Mi fortuna por que sea un inglés!—gritó Ralston.

—El oficial francés tiene fama de buen táctico—insinuó el padre Juan.

—Después de todo—intervino Mr. Patterson con su acento escocés lento y preciso—, sería una prueba de cortesía hacia los oficiales liberadores ofrecerles una comida decente. Estoy, pues, con el profesor; guardemos el caviar para la cena.

El argumento despertó en todos el sentimiento de la hospitalidad, y no se habló más del barril de caviar.

El profesor había enmudecido; pero la expresión que se reconcentraba en el fondo de su mirada triste era tal, que las señoras palidieron.

—Sí—murmuró lentamente—, más vale no hablar de esas cosas.

Después de una pausa, la voz grave del cañón parecía sonar más cercana, acompañando el alegre estallido del tiroteo.

Todos se precipitaron hacia los muros. El profesor permaneció sentado, con su cabeza gris reclinada sobre las manos, perdido en el recuerdo más terrible y supremo de su vida.

El coronel Dresler entró; su ancha faz germánica rebosaba satisfacción.

—Esto va bien—declaró.

—¿De modo que cree usted que estamos salvados?—interrogó apaciblemente el profesor, entre la ansiedad de todos.

El coronel sonrió.

—¡Qué poco agitado le veo!

—He visto en mi vida tantos y tan extraños cambios de la suerte, que tengo por norma no entristecerme ni alegrarme sin absoluta seguridad. ¿Qué noticias trae usted?

—Le juro, por mi honor de soldado—dijo el coronel—, que todo va bien. Los nuestros progresan, indudablemente; el fuego ha cesado, lo cual prueba la suspensión de hostilidades. Dentro de una hora, Ainslie, desde lo alto de la torre, nos avisará con tres disparos la aparición de los nuestros en la cumbre de las colinas. Mientras espero la señal, he venido á pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Nos habló usted antes del sitio de Sung-Tung; la cuestión me interesa desde un punto de vista profesional. Ahora que no nos estorba nadie, ¿tendría usted algún inconveniente en que hablásemos de ello?

—El tema es poco agradable.

—Lo creo. ¡*Mein Gott!* Fué un terrible drama. Pero usted ha visto todo mi sistema de defensa; ¿cree usted que haya sido prudente, hábil, digno, en fin, de las tradiciones del ejército alemán?

—Creo que ha hecho usted cuanto pudo hacerse.

—Gracias; ¿y cree usted que Sung-Tung fué tan bien defendido? La comparación me interesa. ¿Cree usted que pudo haberse salvado?

—No. Se hizo todo lo humanamente posible, excepto una cosa...

—¡Ah! ¿Cuál fué?

—No debió caer vivo nadie en manos de los chinos.

El coronel oprimió con su diestra enorme y colorada la mano nerviosa y menuda del viejo sabio.

—Tiene usted razón—exclamó—. Yo también he pensado en ello, y he hablado con Ralston y Ainslie; está convenido; nosotros sabríamos morir combatiendo. Pero ¿y los demás: el cura, el misionero, las mujeres?

—¿Se dejarían coger vivos? —Su religión les prohíbe atentar contra su vida. El peligro ha desaparecido; pero si tan horrible situación se hubiese presentado, ¿qué hubiera usted hecho en mi lugar?

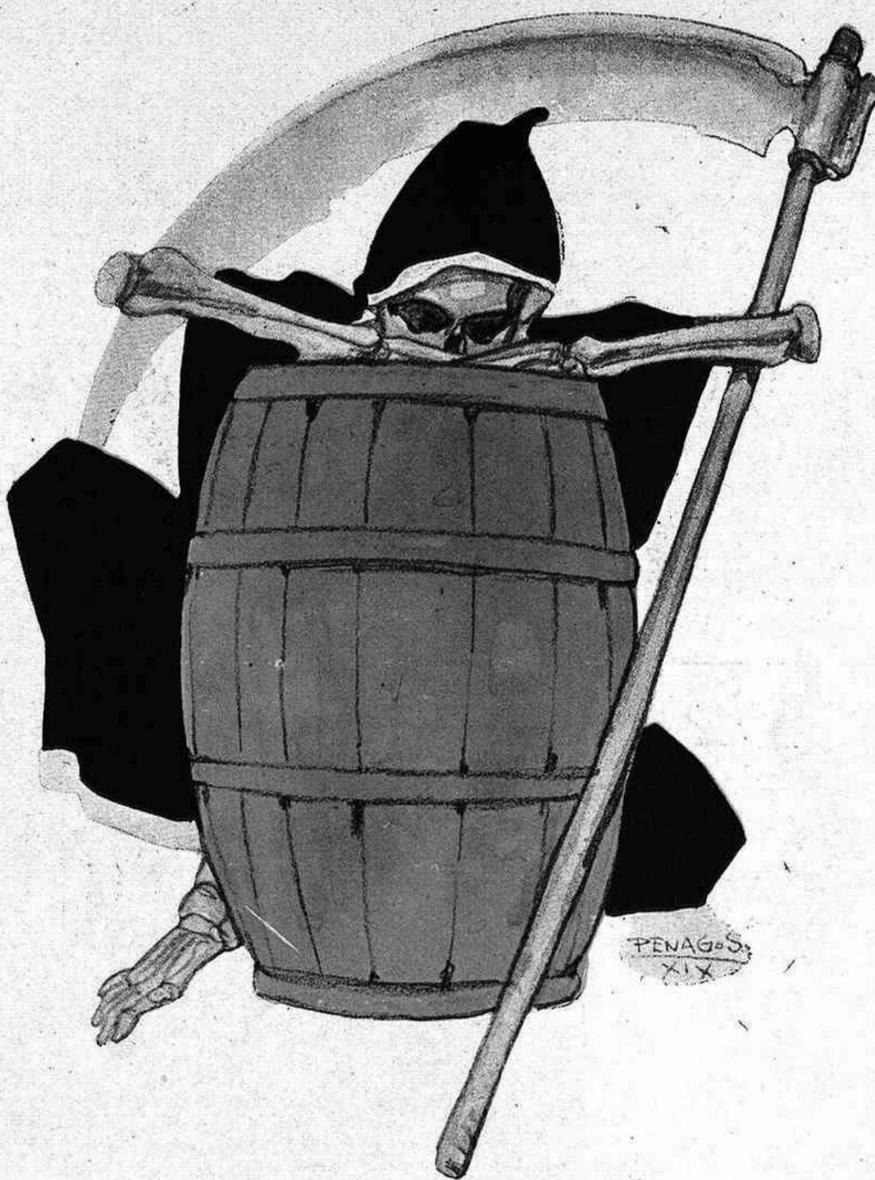
—Matarles á todos.

—¡*Mein Gott!*, asesinar á esa gente.

—Los mataría por compasión. He visto el suplicio del agua hirviendo, el de la luz blanca; he visto á las mujeres... ¡Dios mío! ¿Cómo he podido después conciliar jamás el sueño?

Los terribles recuerdos alteraban su cara, habitualmente impasible.

—Me ataron á un poste de madera, con espinas dentro de los párpados, para obligarme á te-



Mister Patterson prosiguió:

—Tengo entendido, profesor, que se ha encontrado usted ya en otra situación parecida á ésta. Sería interesante que nos refiriese usted los incidentes de aquel sitio.

El rostro del profesor se ensombreció.

—Tuvo lugar—dijo—en 1812, en Sung-Tung, en el sur de la China.

—¿Cómo les llegó el auxilio?

—No llegó.

—¿Y la plaza cayó en manos de los sitiadores?

—Sí.

—Pues ¿cómo se salvó usted?

—Además de entomologista soy médico. El enemigo prefirió utilizarme para cuidar á sus propios heridos.

—¿Y los demás?

—¡Basta!, ¡basta!—gritó horrorizado el misionero francés, que llevaba veinte años en China.

ner los ojos abiertos, y tal suplicio me hacía sufrir menos que los remordimientos que sentía al pensar que hubiera podido, con una droga cualquiera, salvar aquellas víctimas. ¿Un asesinato?; estoy dispuesto á responder ante la justicia divina de mil asesinatos semejantes. Si, sabiendo lo que sé, dejase de cumplir con mi deber en un caso análogo, no existiría infierno suficiente para recibir mi alma culpable y cobarde.

El coronel estrechó de nuevo la mano del profesor.

—Es usted un hombre enérgico y valiente — dijo —; y si los acontecimientos hubieran tomado un giro adverso, hubiera usted sido mi mejor aliado. Pero me va pareciendo que la señal de Ainslie se retrasa; voy á ver lo que ocurre.

El anciano se quedó de nuevo solo con sus recuerdos. De pronto, la puerta se abrió y el coronel Dresler entró lívido y vacilante.

—¿Qué pasa? — preguntó el profesor —; ¿no llegan?

—No, ni llegarán.

Hubo un silencio; los dos hombres se miraron.

—¿Los demás saben?...

—Nadie lo sabe más que yo.

—¿Cómo se ha enterado usted?...

—Estaba junto á la puertecita que da á la rosaleda; un hombre la abrió y entró arrastrándose; era un tártaro cristiano mortalmente herido; venía de la batalla, enviado á nosotros por el comodoro inglés Wyndham. La columna salvadora, careciendo de municiones, ha sido derrotada, y se repliega hacia los navíos para ser reforzada; tardará, por lo menos, tres días en llegar. Esto es todo.

—¿Dónde está ese hombre?

—Junto á la poterna; ha muerto ya.

—¿No lo ha visto nadie?

—Casi...

—¿Quién lo ha visto?

—Supongo que Ainslie lo habrá advertido desde la torre, y vendrá en busca de noticias.

—¿Cuánto tiempo podemos resistir todavía?

—Dos horas, á lo sumo.

—¿Entonces estamos perdidos?

—Sí.

La puerta tornó á abrirse; Ainslie se precipitó, y tras él entraron Ralston, Patterson y un puñado de europeos y de cristianos indígenas.

—¿Tiene usted noticias, coronel?

—El coronel acaba de participarme que todo marcha bien — declaró el profesor —. La columna salvadora se ha parado; pero llegará, á lo más tardar, mañana temprano; el peligro ha pasado por completo.

Hubo apretones de manos y abrazos llenos de efusión.

Al salir todos de la habitación, el coronel se volvió y clavó su mirada en la del profesor, que le contestó con una sonrisa triste. Los dos hombres se habían comprendido.

□□□

La comida fué alegre y animada; se descorcharon las botellas de «Lacryma Christi» y se abrió el famoso barril de caviar. Todo el mundo se sirvió copiosamente y lo saboreó con fruición, salvo miss Patterson, que aborrecía el gusto del caviar.

—Mi pequeño festín no ha tenido el honor de agradarla — dijo el profesor, viendo que Jessie dejaba su plato intacto.

—Nunca me ha gustado el caviar.

—Alguna vez hay que empezar la educación del paladar; ¡ya que se lo pidió yo!

Una sonrisa pueril iluminó el rostro encantador de la muchacha.

—¿Pero qué galante se ha vuelto usted, profesor Mercer! — exclamó —. Aunque no tome el caviar, le agradezco lo mismo la atención.

—Es un disparate no comerle — exclamó el sabio con instintiva violencia; luego, dominándose, explicó: — porque da lástima desperdiciarlo.

Mister Patterson se interpuso:

—Vaya, vaya, no la moleste más, profesor; no se desperdiciará nada.

Y cogiendo con la punta de su cuchillo el caviar del plato de su hija, lo puso en el suyo.

—Ea, sosiéguese usted.

Pero el profesor no parecía sosegarse; su cara seguía sombría, y no se mezclaba en las conversaciones ni en los proyectos de los demás.

—Yo — decía Mr. Patterson — me iré á pasar unos tres meses á Edimburgo. Volveremos en otoño, cuando Mary y Jessie tengan los nervios más tranquilos.

—El descanso nos hace falta á todos — dijo miss Sinclair, la enfermera —. Esta larga tensión nerviosa nos ha agotado. Así, en este mismo instante, me parece sentir en los oídos un zumbido extraño...

—¿Qué raro! — exclamó Ainslie —; lo mismo me pasa á mí; debe de ser, en efecto, un fenómeno nervioso. Pues yo me iré una temporada á



Pekin, á jugar unos buenos partidos de polo; ¿y usted, Ralston?

—¡Oh!, yo no he pensado en nada todavía; sólo deseo olvidar todo esto, gozar del sol y de la vida. Bueno, las cartas que tengo escritas en estos días de desesperación tienen la mar de gracia. ¡Me despedía de todo el mundo! Las guardaré como recuerdo...

—Sí — dijo el coronel Dresler —; yo, en su lugar, las guardaría.

Su voz sonó tan grave y solemne, que todos le miraron.

—¿Qué le pasa á usted, coronel?; parece usted triste.

—No..., no..., estoy muy contento.

—Como que ha logrado usted un verdadero triunfo. Todo se lo debemos á su incomparable genio — dijo Ainslie —. Señoras y señores: brindemos á la salud del coronel Dresler, gloria del ejército imperial alemán. ¡*Er soll leben... hoch!*

Todos los vasos se alzaron. Los ojos del viejo militar se humedecieron.

—He hecho cuanto he podido — dijo. Y añadió con angustia: — Si las cosas hubieran tomado un mal giro, espero que me hubieran ustedes

descargado de toda responsabilidad, de toda censura...

—Coronel Dresler — declaró el pastor escocés —, creo ser el intérprete de todos al afirmarle... Pero ¿qué le pasa á Ralston?

Con la cabeza caída sobre los brazos, Ralston dormía apaciblemente.

—No es nada — exclamó vivamente el profesor —; es la reacción, la debilidad. Eso puede ocurrirle á cualquiera de nosotros.

—Como que yo no tardaré en hacer otro tanto — declaró Mrs. Patterson —. En mi vida tuve tanto sueño.

Y acurrucándose en su butaca, cerró los ojos. Su marido se echó á reír.

—¿Qué vergüenza va á pasar mi pobre Mary cuando se despierte! Yo la disculpo, porque yo también estoy por irme á acostar.

Ainslie alzó de nuevo su vaso:

—¡Todos debemos cantar: *Auld Lang Syne!* — gritó —. Y ahora bebamos á la salud de las

señoras, ángeles de compasión y misericordia que nos han dado el ejemplo de la paciencia, del valor, de la serenidad, de... de... Pero ¡San Jorge me valga!; También el coronel se ha dormido! Cualquiera aguanta esta temperatura infernal...

No pudo terminar; cayó pesadamente al suelo y el vaso se le escapó de la mano. Miss Sinclair, la pálida enfermera, había sucumbido también, y dormía como un lirio tronchado. Mister Patterson se levantó; miró en torno suyo y, pasándose la mano por la frente calenturienta, exclamó:

—¡Jessie!, esto no es natural. ¿Por qué duermen todos? Jessie, tu madre está fría. ¿Es el sueño?, ¿es la muerte? ¡Socorro! ¡Socorro!

Quiso precipitarse hacia la ventana; pero, presa de un vértigo, cayó al suelo. La muchacha dió un salto, y mirando con horror el círculo silencioso que la rodeaba:

—¡Profesor Mercer! — gritó —. ¿Qué pasa aquí?

Un supremo esfuerzo de voluntad hizo erguirse al anciano: —Hija mía — dijo —, queríamos ahorrarle el tormento; queríamos que no sufriera usted en su carne ni en su espíritu; en el caviar puse cianuro. Pero usted se negó...

—¡Jesús!

Un sobresalto la echó hacia atrás, las pupilas dilatadas:

—¡Monstruo! — gritó —, ¡los has envenenado!

—Los he salvado. Usted no conoce á los chinos. Coma usted también, hija mía...

Un tiroteo estalló bajo las ventanas mismas de la habitación.

—¡Ya están ahí! ¡Pronto! Todavía puede usted salvarse...

Pero Jessie había caído sin sentido. El anciano escuchaba estupefacto: oía frases europeas, órdenes en inglés...

Si; por un milagro el socorro llegaba. El anciano alzó sus brazos en el paroxismo del horror y de la desesperación.

—¿Qué he hecho, Señor? ¿Qué he hecho?

□□□

Cuando, después de un ataque nocturno, desesperado y victorioso, el comodoro Wyndham entró en el comedor, vió un grupo de seres humanos caídos é inánimes; la única señal de vida eran los gemidos de una muchacha que se agitaba débilmente. Pero mientras el comodoro, clavado en el umbral, contemplaba estupefacto el fúnebre espectáculo, vió erguirse lentamente una cabeza gris con unas ojos desorbitados:

—¡El caviar! — gritó el profesor Mercer —. ¡No tocad el caviar!

Y rodando sobre sí mismo, cerró el círculo de la muerte.

A. CONAN DOYLE

Traducido por Magda Donato.

DIBUJOS DE PENAGOS

LOS GRANDES ARTISTAS ESPAÑOLES



José Carlos R. Sedano

ESPAÑA es tierra pródiga en instrumentistas de arco. La facilidad y la disposición natural de estos artistas de raza, que en los Conservatorios extranjeros alcanzan los primeros puestos y en el mundo musical europeo ocupan los primeros lugares, no lleva trazas de agotarse.

De cuando en cuando surge uno de estos raros casos, que son el asombro de quienes tienen el placer de oírles, perpetrando la tradición de nuestros grandes artistas.

Carlitos Sedano, casi un niño, es un ejemplo vivo de lo que decimos; un artista de primera magnitud.

En los últimos concursos del Conservatorio obtuvo por unanimidad el diploma de primera clase, que concede este Centro á sus alumnos más aventajados, y el premio extraordinario Sarasate, consistente en cuatro mil pesetas.

Sedano es discípulo del ilustre artista Antonio Fernández Bordas, incubador de grandes violinistas. Seguramente, el precoz y prodigioso violinista que acaba de salir de nuestro Conservatorio técnicamente formado, nada nuevo tendrá que ir á aprender á otros Conservatorios de Europa, como no sea á sorprender con su maravilloso arte. Y hago aquí esta indicación, porque el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, con todas sus deficiencias de organiza-

ción, no es ni mejor ni peor que otros Centros de enseñanza. En él hay una pléyade de profesores, artistas distinguidísimos, que trabajar mucho y bien. Discípulos de nuestro primer Centro de cultura musical son los jóvenes que componen nuestras admirables orquestas; de las clases de piano, que con la limitación de premios han adquirido un prestigio que antes no tenían, salen todos los años pianistas notabilísimos.

Estas y otras observaciones se me ocurrían oyendo á Carlitos Sedano interpretar (acompañado con su arte peculiar por el profesor señor Guervós) el segundo y tercer tiempos del Concierto de Wieniawski y *La Estrella*, de Paganini, con una gracia, una soltura y un arte sin precedentes desde hace mucho tiempo. Los armónicos claros y cristalinos; el saltillo, que hace con una perfección intachable; la pureza y calidad del sonido, de una rara afinación; las dobles cuerdas; un arco fácil, vigoroso y seguro, sin debilidades; una técnica sin acrobatismos, al contrario, fina de emoción, como corresponde á un temperamento sensible y exquisito, de variados matices, inteligente y comprensivo, y un instinto de artista genial, son, á grandes rasgos, las cualidades salientes de la personalidad musical de Sedano.

«El sucesor de Sarasate», se decía después de oírle interpretar las obras citadas; y, ciertamen-

te, el tiempo confirmará esta profecía, muy verosímil teniendo en cuenta las aptitudes verdaderamente excepcionales del joven violinista.

La impresión que causó el extraordinario violinista fué tan grande, que el Jurado le otorgó el premio Sarasate en los términos que copio á continuación:

«En cumplimiento de las disposiciones testamentarias y fundación premio Sarasate, el Tribunal, en atención á los méritos excepcionales del alumno Sr. Rodríguez Sedano, acordó concederle el premio extraordinario Sarasate, consistente en 4.000 pesetas.

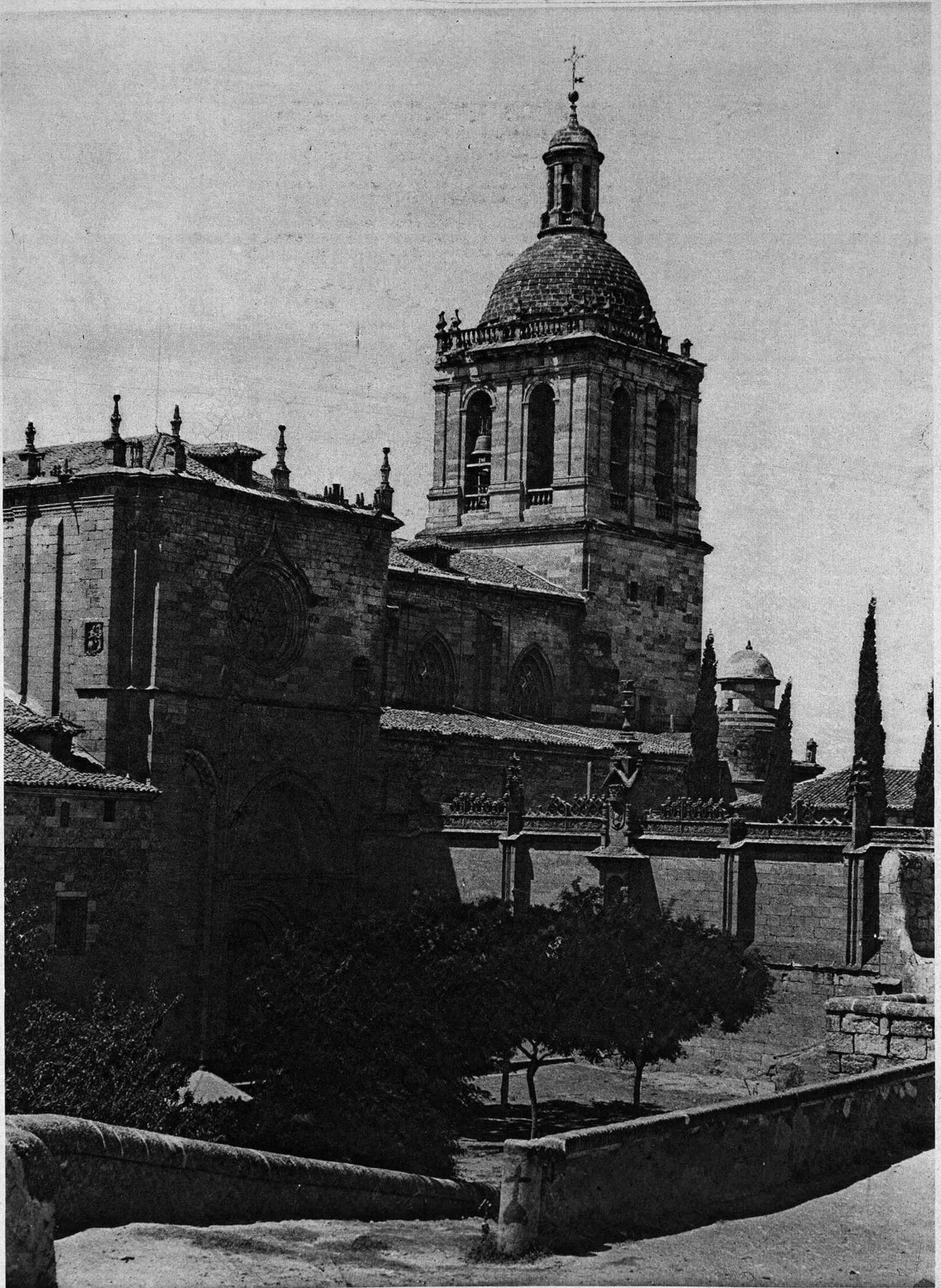
El Jurado, emocionado por la actuación verdaderamente extraordinaria de una perfección artística que estima sin precedente, considera al Sr. Rodríguez Sedano acreedor á una manifestación musical dentro del Conservatorio al comenzar el próximo curso, y para ello se dirigirá oportunamente al Claustro de profesores, con objeto de que éste organice la fiesta, en la que se brindará al admirable artista el violín de Sarasate para la ejecución del concierto, en el que, tanto los profesores como los alumnos y la afición, puedan conocer y admirar las maravillosas facultades del violinista.»

Lo propuesto por el Jurado es justísimo y altamente simpático.

R. VILLAR

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



UN ASPECTO DE LA MAGNÍFICA CATEDRAL DE CIUDAD RODRIGO
(SALAMANCA)

Fot. Hielscher



LA PLAZA MAYOR DE CIUDAD RODRIGO

Fot. Hielscher

LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



SALAMANCA.—PLAZA MAYOR Y AYUNTAMIENTO

Fot. Hielscher

Hombre de mar



En el puerto, á lo largo de los muelles
olorosos á breá y alquitrán,
bajo el cielo plomizo de la tarde,
el viejo lobo viene y va.

Tiene un fiero perfil. Su piel es bronce,
un rago su mirada perspicaz,
y anda sobre las losas á bandazos
como los barcos sobre el mar.

El acre aroma de su enorme pipa
le adormece lo mismo que un cantar,
mientras el humo gris sube al espacio
en una rítmica espiral.

Hundido en el azul de sus recuerdos,
busca para dormir la soledad;
rasga el aire el clamor de una sirena
y no le logra despertar.

¡Oh, el placer de dormir sin tener sueño,
horas de misteriosa claridad,
cuando el alma cabalga por las nubes
como la brisa sobre el mar!

En el hondo rincón de la taberna,
saturada de olor y de humedad,
entre ruido de vasos y cantares
el viejo lobo va á soñar.

Es como barco joven que hace rumbo
á luengas playas de silencio y paz,
mientras bajo sus pies braman las olas
y ruge á popa el vendaval.

Hinchán sus velas aires de tormenta,
parece al pronto que á rasgarse van
y que no dará vista nunca, nunca,
á un puerto de serenidad.

Mas la luz de su espíritu le guía
sobre el fiero rugir del huracán.
¡Oh, venturosas costas juveniles
que recorrió en su mocedad!

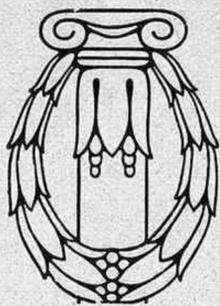
¡Nieblas tristes y azules de Bretaña,
colmena humana de Nueva Orleans,
soñadores molinos de Noruega,
radiante y áureo sol de Portugal!

El viejo lobo duerme y sueña. Escucha
las órdenes del viejo capitán,
y, con la pipa entre los dedos, grita:
—Dira avante... ¡Á la mar!

José MONTERO

DIBUJO DE VÁZQUEZ DÍAZ

EL AMOR, LA MUJER, LA POESÍA



EL ESCRITOR.—Me alegraría poder emitir algunos conceptos líricos á propósito de las mujeres. He estado contemplando largamente las caderas de esta india y comprendo que aquí hay un artículo.

EL AMIGO.—Nada más fácil. Hable usted del amor. El tema del amor es inagotable.

EL ESCRITOR.—Siento discrepar. El tema del amor está totalmente agotado. Después de siglos y siglos en que monopolizó la atención de los literatos y de los filósofos, y en que fueron estudiadas todas las manifestaciones posibles y todas las manifestaciones imposibles de ese sentimiento, no se puede decir acerca de él nada que tenga novedad.

EL AMIGO.—¡Oh, si usted conociese mi caso, el caso de mis amores con la señorita de González!

EL ESCRITOR.—Todos sentimos una irresistible tendencia á afirmar que nuestras pasiones son únicas, y que el amor de una mujer que nos quiso llegó á nosotros por ordenación de una fatalidad inmutable. Un día cualquiera paseaba usted con la señorita de González. Era de noche y brillaba, altísima, una luna redonda. La señorita de González, de pronto, apretó suavemente la mano de usted y dijo: «Te amo tanto que sería capaz de morir por ti.» Entonces, usted pensó: «Ciertamente, para amarme á mí nació esta mujer; yo le sugiero estas ideas de sacrificio y de pasión.» Sin embargo, nada más equivocado y erróneo. Si usted no hubiese existido, ó, más sencillamente, si usted no hubiese hecho aquel viaje para vender ladrillos refractarios, con ocasión del cual conoció á la señorita de González, la señorita de González, en esa misma noche de luna, hubiese apretado suavemente la mano de otro hombre, y hubiese dicho: «Te amo tanto que sería capaz de morir por ti.» Y el otro hombre pensaría: «Ciertamente esta mujer nació para amarme; es mi media naranja, la criatura que me esperaba sobre la tierra, predestinada ya.» ¿Se ha detenido usted á meditar alguna vez sobre esta realidad absolutamente innegable de que la mujer que le ama po-

dría haber amado igualmente á cualquier otro?

EL AMIGO.—¡Es terrible!

EL ESCRITOR.—Es terrible porque considera usted el sentimiento amoroso á través de las preocupaciones literarias. El amor, tal y como lo entendemos, no es más que un producto de la literatura.

EL AMIGO.—Sea como sea, existe.

EL ESCRITOR.—También existen Hamlet y Don Quijote. Todos hablamos de Don Quijote como de un sér real. Y, verdaderamente, ha tenido más notoria existencia que muchos reyes de las dinastías egipcias, de los que nada ó casi nada se sabe. Sugongamos que la señorita de González le es á usted infiel. Usted pensará, inevitablemente, en el suicidio. Sin embargo, usted no tiene ningún deseo de matarse, ni se matará. Limitaráse á decir aquella noche en su tertulia del Casino, con ademán displicente, que la vida no vale la pena de ser vivida. Y al llegar á casa, como usted padece un ligero resfriado, se arropará bien, pedirá una tisana y dará usted unos gritos indignados porque le parece advertir que

hay una corriente de aire. ¿Por qué pues, pensó en el suicidio? Nada más que por sugestión literaria. El amor es un instinto al que hemos enmascarado. Los hombres hicieron primero la poesía de la guerra, y después la del amor, y ambas sugestiones aún perduran.

EL AMIGO.—Si el amor fuese una mentira, sería, no obstante, la más hermosa de las mentiras.

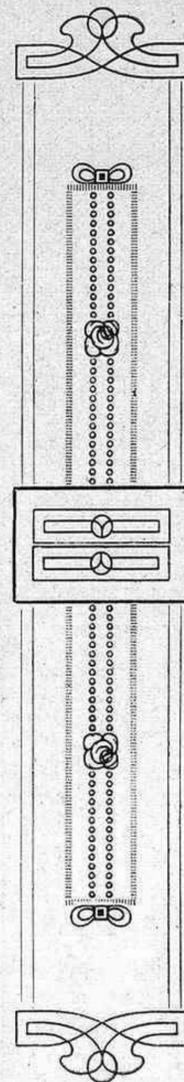
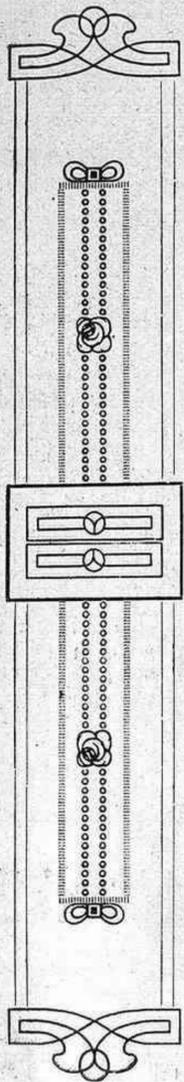
EL ESCRITOR.—En la vida, sí. Pero en los libros no va siendo más que una mentira tediosa. Me gustaría organizar un «mitin monstruo» contra los tópicos del amor y de la mujer en los libros. La Humanidad no se ha dado cuenta del fatal influjo de estos lugares comunes largamente repetidos. En su adolescencia, cuando leía usted historias caballerescas, ¿no sentía usted un vehemente impulso de amar á una castellana y de tocar una cítara al pie de sus balcones, con una gorra muy piquenita y en ella una pluma de faisán, muy larga? Ahora mismo —usted es lector de

revistas—va usted un día al *hall* de un hotel. Pide un aperitivo con hielo, oye á los zingaros, ve á una mujercita sentada junto á una mesa diminuta donde apenas brilla una luz encapuchada de seda color naranja. El aperitivo es grato, los zingaros tocan una música de las pampas argentinas; la mujer tiene una actitud de abandono. Usted ha visto muchos dibujos y ha leído muchas crónicas en que se describe todo eso con unos exaltados tonos afrodisíacos. Subconscientemente, piensa usted: «Yo estoy en el caso de enamorarme.» Y comienza á advertir que aquella señorita es precisamente la que usted soñó. Y sale usted diciéndose: «Amo terriblemente á esa mujer.» Y es posible que se case usted con ella, y que tenga siete hijos, y que se aburra mucho. Y la culpa de todo la tienen, á lo mejor, Penagos y García Sanchiz. Es preciso evitar que esto continúe ocurriendo.

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

DIBUJO DE BARTOLOZZI

EL PÁJARO AZUL



Es Mytyl, la del cuento de Mæterlinck, que ha crecido y llegado á princesa, porque el hijo del rey—tras un ciervo— se prendó de Mytyl en la selva. Ya no está en la cabaña, ni viste, como Grethel, la saya bermeja... Ya no va con Tyltyl, el hermano, sobre el asno pelón, á por leña, ni al umbral, Berlingot, la vecina, se aparece como una hechicera... Ya á Mytyl, el pilón del azúcar no la da tentación... La alacena no tortura á Mytyl con sus tarros de áurea miel y de blancas almendras, ni por irse á comer al granero un tortón, rodará la escalera...

Todo aquello quedóse en el bosque, donde el lobo sagaz merodea, como aquel que siguió á Caperuza y se puso una cofia de abuela.

Todo aquello quedóse en el bosque... El reloj ha parado sus pesas, y la gata se ha muerto de frío en el poyo de la chimenea.

Ya Mytyl es la dueña de un reino. Cien infantes y cien camareras,

en rendirla homenaje hacen gala, como Corte de Amor de Provenza. Nada apunta en deseo remoto que, antes de ella decirlo, no tenga. No hay presentes, joyeles y ornatos que su esposo y señor no la ofrezca; ni decires, canciones y layes que en honor de Mytyl no lo sean.

Tiene bosques, jardines y lagos... Tiene potros, lebreles, gacelas, y un castillo de foso tan grande como el foso de toda la tierra. ¡Y hasta tiene en su cámara un pájaro que es azul como viva turquesa!...

Mas en vano Mytyl se sonríe cuando está en su papel de princesa, y una extraña tortura escondida, cuando á solas se mira, la inquieta. ¡Sólo gusta montar su caballo y bajar con un paje á la aldea, para ver en su vieja cabaña los lagartos que mueven la hierba!...

¡Ay, princesa, de niña soñabas en tu cuna de lino y madera, y por arte de un hada, volaste tras el pájaro azul que no llega!

Mas entonces—¡oh, sueño gemelo de Tyltyl en Noel, ¿no recuerdas?— era el pájaro azul imposible tan azul cual tu azul inocencia. Todo azul, como el cielo y los lagos, como flor de romero y estrella, como luna en la noche de plata y lucero en la tarde serena. ¡Todo azul, todo azul era el pájaro, y con él—por la buena hechicera— recorriste la vida y la muerte y los astros, las almas eternas!...

Este pájaro azul que ahora tienes, es azul; mas su azul de turquesa es presagio de tristes destinos, es presagio de cosas siniestras, y es azul como el fondo profundo de la mar y las hondas cisternas.

Es Mytyl, la del cuento de Mæterlinck, que ha crecido y llegado á princesa, y esperando, las horas se pasa, con su Pájaro Azul: la Quimera.

Luis FERNÁNDEZ ARDAVÍN

DIBUJO DE BUJADOS

MÍTINES Y PROCESIONES DE ARTE

LA ESCUELA DE RAFAEL

Carta última al marqués de la Vega Inclán.

QUEDAMOS la pasada semana, amigo y señor, en que sería brava y famosa y sonada la aventura de unos cuantos muchachos españoles que emprendieran por las estepas de la espiritualidad española la busca y captura de un millonario ó varios millonarios que necesitamos para comenzar, con el Centenario de Rafael de Urbino, la campaña que yo llamé en mi primera carta de dinamización de nuestra cultura.

A este millonario habría que decirle: —Mire usted, señor, quienquiera que seas; rico, porque los pasados reyes dieran tierras y pueblos, que eran carne y sangre de España, á vuestros antepasados, capitanes valerosos ó arriesgados prestamistas del Real Erario; rico, porque los gobiernos hicieran merced á vuestros antecesores de servicios públicos ó contratas fructuosas ó monopolios ubérrimos; rico, porque en buena lid y en recios trabajos y con claros talentos, hubo quien atesoró para vos en las perdidas Indias ó en el yermo nacional; rico, porque lo quisiera Dios ó porque el diablo lo forjara, necesitamos sacar á Rafael de Urbino del Panteón del Prado; necesitamos crear con sus obras, que son prodigio para los ojos de todos, desde la más encofetada señora á la más humilde menestrala, el primer museo verdadero que haya en España; un museo que sea cosa viva; templo en que se refugie la fe y taller donde se trabaje; altar donde se adore y escuela donde se enseñe.

Basta para ello un solar mediano; un solar donde se alcen unos pabellones destinados sendamente á servir de refugio y marco á los cuadros de Rafael de Urbino que posee España; cada uno con su luz apropiada y rodeado de proporciones equivalentes á las suyas. Luego habría que completar la estupenda labor que el artista realizó en la brevedad de veinte años; habría que buscar buenas copias, cuando fuera posible, de los frescos y los cua-

dro que están en Roma, en Florencia, en Dresde, en Berlín, en Viena, en París, en Munich, en Petrogrado, en Milán y en Nápoles; habría que recoger los portentosos grabados que de estas obras se han hecho, y habría que dar entrada en el Museo nuevo, con todos los honores que merece cualquier paladín del Arte, á la Fotografía. Así, tendríamos en Madrid, para estudio y para recreo, para trabajo y para goce, todo Rafael, hasta el dudoso, hasta el discutible, hasta las obras de su maestro, Perugino, en que

se advierten trozos pintados por el discípulo.

Todo Rafael, como ha reunido usted todo el Greco en Toledo, con admirable iniciativa; ¡marqués de la Vega Inclán, prócer del Arte á quien el Estado abandona y los políticos desdennan! Todo Rafael, con su iconografía y su bibliografía; todo Rafael, rodeando y presidiendo un gran salón en que se iniciaran en España los *meetings* de arte y de cultura, que son ya cosa vulgar y anticuada en las bibliotecas y museos de los Estados Unidos. Todo Rafael, viendo desfilan ante

la variedad de su obra, sin borrache- ra de color en las pupilas, sin turbación del entendimiento, sin torturas de interpretación, á los chiquillos de las escuelas, á los estudiantes del bachillerato y de las Facultades, á las modistillas domingueras, á los obreros, al pueblo, en suma.

Liberado Rafael de la clausura y amontonamiento á que se le tiene condenado en el Museo del Prado; consagrada la idea de que Rafael no es un extranjero en España, porque la obra del genio hermano está por encima de las fronteras, habría que liberar á Velázquez, sacarlo de aquella horrida hileras donde el pobre exhibe sus cuadros, como si demandara compradores en el bazar de un mercader. No puede estar *Las hileras* junto á *Las meninas*; el Cristo, que agoniza de amor, junto al soberbio conde duque de Olivares, cuyo caballo parece patear á España; Esopo junto á Felipe IV. Porque los creara y eternizara la misma mano, no son el mismo pensamiento, sino concepciones bien distintas.

En esta orientación, cuando el gran público pudiera conocer y estimar á los grandes artistas; cuando hubiésemos divulgado por medio de la especialización y la singularización las obras maestras, no serían suficientes estos templos que en diversos lugares de la capital tendrían Rafael y Murillo, Velázquez y Goya, Rubens y Ribera. Serían necesarias las procesiones de arte y las exhibiciones públicas. No es nuevo el caso; el mismo Rafael, el mismo Velázquez expusieron



"La Vierge au donataire"



"La Sagrada Familia"



"La Virgen del Velo"

al juicio callejero algunas de sus obras, antes de entregarlas á quienes las habían encargado.

Con todo cuidado, con todas las precauciones y previsiones imaginables, guardándolos del sol y de la lluvia, cobijándolos en baldaquinos é instalándolos bajo palio, deberían sacarse los cuadros y tenerlos un día en la plaza pública, donde los ignorantes y los indiferentes se sintieran detenidos por la curiosidad y conquistados por la sugestión de la belleza. Puesto que la gente española no va á los museos, es preciso que vaya el genio á buscar á la gente; esto es, en suma, la dinámización de la cultura; esto, aplicado á las bibliotecas, á las universidades, á las escuelas. Y á quienes hemos hecho profesión ú oficio de la cultura y vivimos de ella, en los escalafones oficiales ó en la industria editorial, no debiera bastarnos explicar la lección en nuestra cátedra ó entregar nuestras cuartillas á la imprenta, dejando al arbitrio de las gentes que nos escuchen ó nos lean. Debiéramos ser como misioneros y debiéramos ir exorcizando con los mágicos amuletos del Arte á todos los poseídos del demonio de la incultura. Predicadores del bien y de la belleza, encontraríamos numerosos yermos en España, donde se escucharía nuestra buena nueva con el mismo estupor con que escucharan los indios á los misioneros coiombinos.

¿Que esto no se hace en París?
 ¿Que esto no se hace en Londres?
 ¿Que esto no se hacía en Munich ni en Berlín antes de la guerra? En todas partes los museos, organizados á la manera antigua, son como panteones, donde no encuentra goce y utilidad sino una exigua minoría. En España el caso es mucho más grave. Un londinés, un parisién puede envenenarse de muchas grandezas. En



"La Virgen del Pescado"

muchas manifestaciones de la vida colectiva puede encontrar alicentos su espíritu. Importa poco que el Louvre ó el British Museum sean como panteones. Pero á nosotros debe importarnos mucho que el Museo del Prado esté vivo y sea pregón inmarcesible de las glorias de la raza y de las grandezas que supimos alcanzar. No deben enorgullecernos sólo, y ser lección para el pueblo y estímulo y acicate, nuestros artistas, incluso los de segundo orden, que apenas nadie conoce: Correa y los Antolínez, Mazo y Pantoja de la Cruz, Orrente y Herrera, Moya y Ribalta, Carreño y Morales y tantos otros, sino que la posesión de tantas obras de extranjeros, de Rafael, de Rubens, de Teniers, de Guido, de Tintoretto, de Tiepolo, de Sarto, de Tiziano, de Veronés, de Van Dyck, de Moro, de Poussin, no contando la españolización del Greco, nos enseña cómo fué España un día centro del pensamiento europeo.

Queden, por la tolerancia de su director, estas ideas en las páginas de LA ESFERA, y recójalas la gente moza que se sienta encendida del orgullo español, que nos ha faltado á la generación que asistió impasible, cobarde y egoísta, á las vergüenzas que precedieron y siguieron á esa trágica fecha de 1900.

Se aproxima una fecha propicia. El Centenario de la muerte de Rafael. Sus dulces Madonas, ante cuya belleza todos se rinden, sean bandera de una revolución por la cultura. Usted, marqués de la Vega Inclán, tiene entusiasmos y tiene medios de acción y elementos de propaganda. Sea organizador y paladín de tanta brava y esforzada gente como desea luchar en España por el bien y por la belleza. Le abraza su amigo,

MÍNIMO ESPAÑOL

LA CASA NIÑA Y EL PASEO VIEJO



Los paseos de Madrid.—Un aspecto del Salón del Prado en la actualidad

FOT. SALAZAR

Como el desaparecido monasterio de San Hierónimo, al Prado se asoma «Nuestra Señora de Correos», ahora abierta al culto... de los espistolarios. Los cien ojos de sus ventanales miran á llanada señoril, guardadora de un tesoro de memorias matritenses.

Nada era la Castellana y poco más Recoletos, casi todo el «Huerta de Juan Fernández», cuando ya el Prado lucía como paseo favorito de los madrileños, á despecho del barranco tendido bajo el actual asfaltado paseo de coches. Como sede de citas y galanteos era versificado entonces en comedias famosas de Lope y Tirso, luego en las de Calderón. Quevedo le evocaba en el *Buscón*; en *El día de fiesta*, Zabaleta, y Castillo Solórzano, en las *Aventuras* de su bachiller maleante y embaidor.

Bajo recios álamos ruaba la grandeza, contemplando los vergeles de Maqueda, Monterrey y Méndez Carrión, los tres un punto á la devoción del altanero Conde-Duque, para rendir en ellos fiesta gayá, una noche de San Juan, á la majestad de los reyes. Carlos III mandará cegar el barranco inmundo y engalanará el paseo con las fuentes de Ventura Rodríguez. Carlos IV y Godoy le recorrerán muchas veces, entre nuestra Señora de Atocha y la puerta de Recoletos, contemplando á Amaranas y Eufrasias de la época. Tenaz paseante, al atardecer, será Cruz; entre tranco y tranco urdirá los argumentos de los sainetes que escribirá febrilmente aquella misma noche, en su vivienda de la calle de Cedaceros, la misma donde había de morir luego el banquero Salamanca; en ese paseo descubrirá D. Ramón á «Paca», la *vengativa*, hermosa y deseable cuanto más desgarrada,

«Una maja con trueno y rascamoño, alta la ropa, erguida la caramba, cubierta de un cendal más transparente que su intención...»

«Buena está la torrecilla. ¡Tres mil ducados costó! Si Juan Fernández la hurtó, ¿qué culpa tiene la villa?»

cual la dibujada por Jovellanos en su epístola á Arnesto.

Infancia del siglo XIX y día frígido de Diciembre. El rey intruso verá desfilar por el Prado á la guarnición de Madrid. Cerca mostrárase el cementerio, donde los mamelucos de Murat escribieron tragedia de sangre y martirio; allí donde, luego, había de alzarse el obelisco del Dos de Mayo, relicario de las cenizas de los mártires, y donde, antes, mandara construir cierto desaprensivo regidor, de todas épocas, para refugio de músicos y cantores, aquel original artefacto que hizo decir á la mordiscante musa de Villamediana:

Después, el Prado de Mesonero, Bretón de los Herreros y Córdova. Rebautizado con un patricio remoquete, ya es el «Salón». Oliendo á bergamota, que es perfume de moda, las petimetras lucirán faldas ahuecadas por la crinolina, ricas *citoyennes* y sombreros descomunales *chez madame Petibon*; ellos, los pantalones de *patin-cour* y las levitas «lord Grey» ó «conde Orsay», cortadas por Bonell ó Utrillas. La melena de Ventura de la Vega, masónica y revolucionaria, desafiará las iras de los *apostólicos*. Asombrarán del mujeriego, por vehustas; la señora de Montúfar y Paquita Urquijo. No faltará ninguna tarde, de una á tres, que es la hora invernal, el gordo duque de Frías. Tal guardia de Corps de la compañía italiana, según delata el cuadrete verde de la bandolera, se cruzará con el greguido poeta romántico. Cuando reine la noche, uno y otro entrarán al «Jardín de la Cuádruple Alianza», que se erguía donde ahora el Ritz y era, también, lugar de mucho divertimento. Por el Prado paseó Larra, del brazo de Molins, la tarde de aquel 13 febreriano en que decidió eliminarse de la vida. Sobre un banco del mismo «Salón»—acaso el que sirvió de lecho á Zapata y Zorrilla en sus noches bohemias—se había de suicidar, cuarenta años después, el aeda gallego Vesteiro Torres.

¡Si el viejo paseo supiera escribir sus memorias, sobre la arena donde la chiquillería juega al *guá*, páginas deleitosas iba á poder leer la opulenta casa niña!...



El Salón del Prado, según una estampa antigua

E. MARTÍN DE LA CAMARA



LOS PERIODISTAS MADRILEÑOS

HOMENAJE A DON ANTONIO ZOZAYA

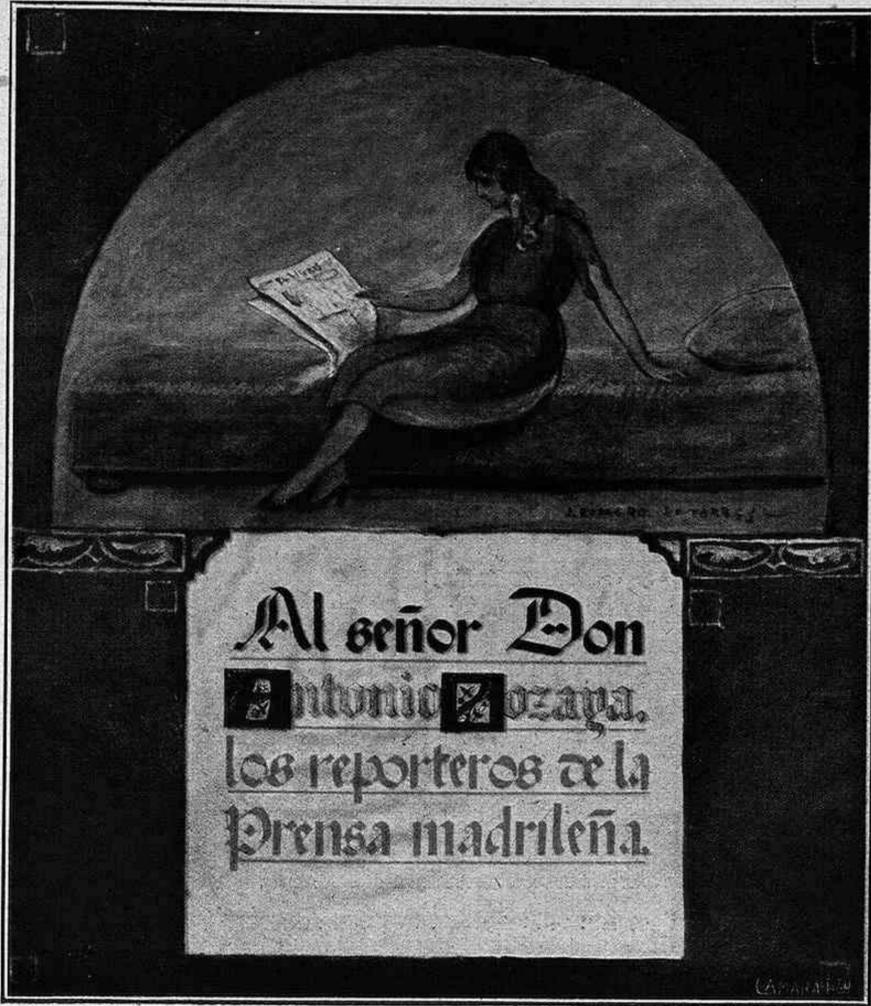


RECORDAMOS con cierta emoción aquellos días, aun no muy lejanos, en que circulaban profusamente los volúmenes de la Biblioteca Económica Filosófica. A ellos está unido el nombre insigne del maestro Zozaya.

Toda una generación le debe los primeros pasos iniciadores en los caminos del conocimiento, el placer de las bellas palabras, el disfrute de los viejos conceptos, el íntimo goce espiritual de las añejas mentiras y de las nuevas inquietudes. El lector se asombraba un poco del saber de aquel hombre que traducía los *Diálogos polémicos*, de Platón; la *Monadología*, de Leibnitz, y el *Catecismo positivista*, de Augusto Comte; de la flexibilidad de aquel entendimiento, tan bien cultivado, que en crónicas y prólogos hablaba de las creaciones de Homero y de las concepciones de Esquilo con la misma cordura y el mismo aplomo que de las virtudes de Aristides y el genio militar de Alejandro.

Los minúsculos volúmenes eran compañeros inseparables para todo amante del silencio y la soledad. Aquellas hojas, ásperas y sabias, encerraban el consejo grave y prudente, la enseñanza aguda y redentora, la idea luminosa y profunda, las claridades del humano pensamiento asomando por entre el artificio de las palabras. Revelaban también la plena existencia de un varón justo y bueno, que acertaba a dar a la vida un alto sentido, noble y humano al mismo tiempo; artista y filósofo, de corazón afable y sonriente; manantial de indulgencia, de tolerancia y de perdón.

Cada libro de aquellos venía a ser un baluceo precursor de más amplios estudios y más extensas investigaciones. Detrás de ellos, verbo caudaloso y ecléctico de la Filosofía de todos los tiempos, venían otros libros y los centenares de crónicas esparcidas en las columnas de las revistas y los periódicos.



Dedicatoria del álbum, pintada por Romero de Torres

Y siempre la serena expresión del maestro, la gravedad del juicio, la bondad del lenguaje seguían revelando a un espíritu superior y escogido que no estudiaba ni escribía por el liviano placer de convertir en música las palabras, ni por halagar el instinto de las colectividades y mucho menos por distraer el ocio de solitarios y decadentes, sino para reparar la injusticia, combatir el error, restablecer la verdad y guiar por los oscuros senderos de la vida a las almas templadas en sus luchas ó a los que pretendían entrar en el combate, con los recios brazos erguidos y en alto el pensamiento y el corazón.

A veces, el lector se lo imaginaba como un curioso espectador del mundo, contemplando el abigarrado desfile de cosas y personas, como se contempla un deporte. Y entonces, al través de un artículo ó de una crónica, se veía el rostro del maestro sonreír un poco burlonamente ante la farsa ó la contradicción. Pero aun en estos momentos, los menos frecuentes de su vida, su ironía era indulgente y bondadosa, como quien sabe que la comedia humana, ni los actores que la representan, merecen mucho una encendida indignación.

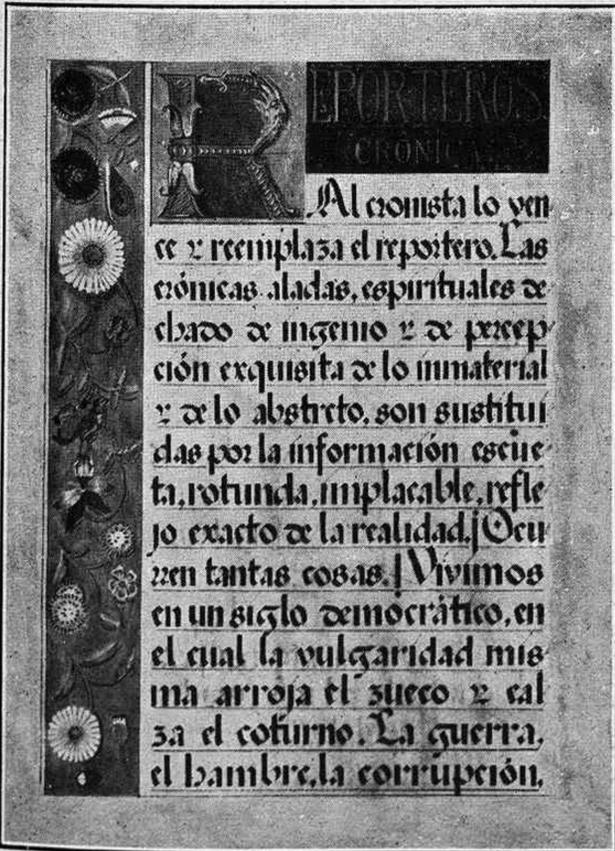
¿Qué grave asunto, qué incidente trascendental, qué lance, qué suceso no habrá merecido en un período de veinte años un comentario ó una apostilla a D. Antonio Zozaya? Hace algún tiempo dedicaba uno de sus libros «a los niños, a las mujeres, a los ancianos, a los enfermos, a los ciegos, a los tristes, a los postergados, a los trabajadores, a los maestros de escuela, a cuantos, nada poseyendo, lo esperan

todo». La conciencia del maestro se exaltaba con la injusticia, el dolor, la miseria, la debilidad, el vencimiento. Su pluma trazaba siempre ardorosos apóstrofes en defensa de los pobres, los humildes y los caídos, y restallaba como un látigo ó se blandía como una espada contra los detentadores, los egoístas y los cancerberos de una moral acomodaticia, de circunstancias. Y siempre sin perder la serenidad, irradiando sobre las cuartillas los resplandores de su inteligencia y su corazón, como un nimbo.

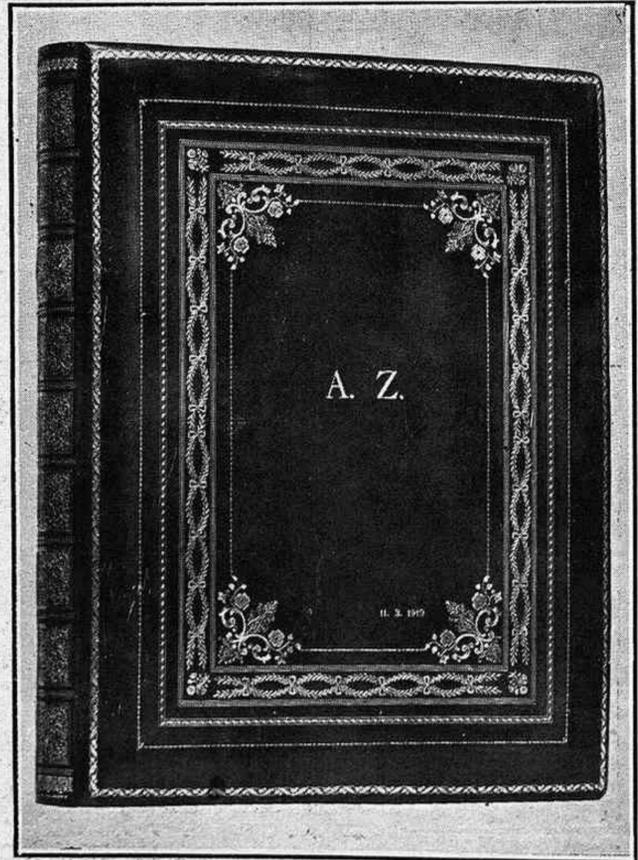
ooo

Un día, no hace muchos, el maestro Zozaya escribió una crónica defendiendo a los reporteros del periodismo, como otro día, ya más lejano, escribió otra crónica en defensa de los infelices ciegos músicos del arroyo. Jamás se había publicado tan justificada apología de los anónimos informadores de los periódicos, como jamás se había escrito tan apasionado elogio de los pobres sin luz. Los periodistas proyectaron un homenaje a su entusiasta defensor, teniendo que vencer los obstáculos que oponía su modestia. Y no pudiendo ofrecerle más, porque el maestro renunciaba aceptarlo, recogieron en un álbum las firmas de cuantos dedican su actividad y su ingenio a las tareas del periodismo. El recuerdo, por lo espontáneo y delicado de su expresión, ganó la voluntad del escritor insigne. Y el autor de *El libro del saber doliente* lo tomó en sus manos temblorosas de emoción, en una fiesta íntima, sin otro estruendo ni más brillo que los que le dieron el compañerismo y la cordialidad.

Realmente, los altos méritos del maestro Zozaya, sus briosas y continuadas campañas, su historia, límpida como el sol, merecían una apotheosis. Pero mejor estuvo el homenaje reconcentrado en la intimidad, que es siempre digna compañera de los filósofos y los artistas.—M.



Primera página de la crónica de Zozaya "Los reporteros"



Cubierta del álbum, en piel, con estampaciones doradas

La Casa de España en Manila

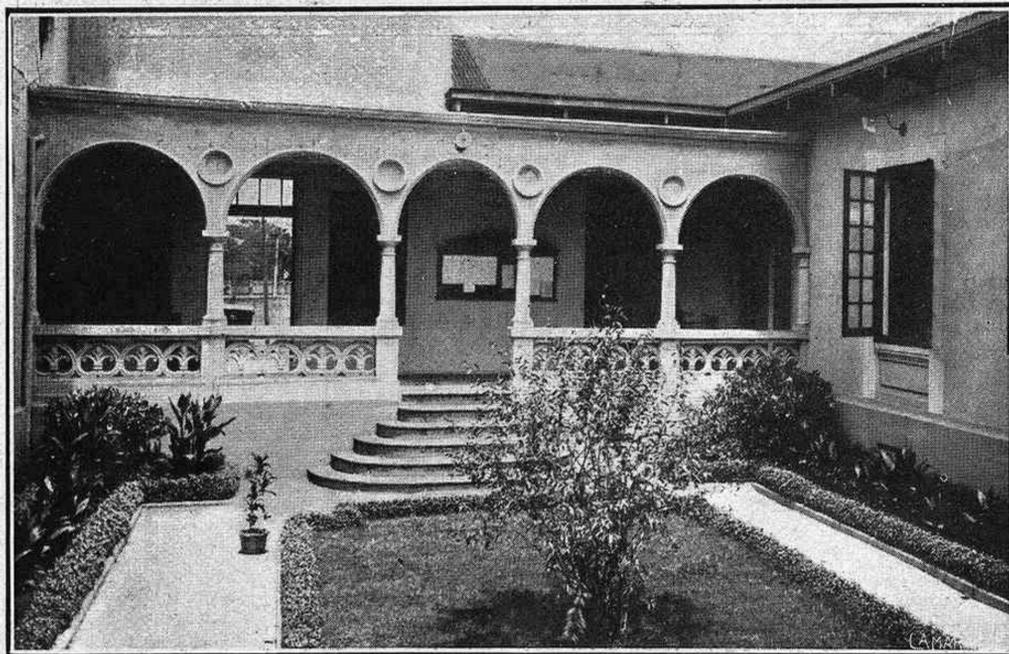


Fachada principal de la Casa de España

Si no recordamos mal, la plausible idea de fundar la Casa de España en Manila se debe, principalmente, al esfuerzo moral y pecuniario de la Cámara de Comercio y del «Casino Español» de la mencionada capital, siendo presidente de la primera Corporación D. Luis Llansó, y de la segunda D. Antonio Melján.

Al poco tiempo de perder España su soberanía en las Islas Filipinas, fué desapareciendo el pequeño comercio y las pequeñas industrias, sostenidas por millares de compatriotas. A los dos ó tres años de la dominación americana, los rótulos de las tiendas, casi en su totalidad, aparecían escritos en inglés, por haber cambiado de dueño y de nacionalidad los establecimientos.

No ha sucedido lo propio con las fuertes em-
-



Patio de la Casa de España

sas industriales y comerciales españolas, que han sobrevivido y prosperado, venciendo todo género de competencia y económica adversidad. Pruebas inequívocas del arraigo de estas empresas son, entre otras, la Compañía General de Tabacos, la Casa Inchausti, París-Manila, La Insular, la Fábrica de Cervezas, etc., etc.

Iniciada la idea de construir, á todo coste y á todo lujo, la Casa de España, pronto se reunió el capital suficiente para tan loable fin. La Compañía General de Tabacos de Filipinas, á cuyo frente se hallan españoles tan prestigiosos como D. José Rosales, D. Carlos de las Heras, D. Federico y D. Antonio Correa, y D. Antonio Malvey, contribuyó espléndidamente al éxito, aportando también sus donativos los compatriotas.



Salón principal y Biblioteca de la Casa de España

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA



Un Verdadero Remedio para los malos Cutis

La mayoría de las señoras que tienen malos cutis deben este desperfecto a la sequedad ó dureza de la piel exterior, ó sea la epidermis. Esto puede ser debido á haberse expuesto al sol ó al viento ó al uso de jabones que contienen demasiado álcali que despojan á la tez de los aceites naturales y la ponen dura, seca y arrugada. En ambos casos deben eliminarse las laminitas secas, duras y marchitas y restaurarse la suavidad y flexibilidad de la verdadera tez. Para lograr esto no hay nada como la combinación especial de ceras almantas y curativas conocida por los farmacéuticos y perfumeros por el nombre de Cera Aseptine. Las señoras que la han usado dicen que es verdaderamente maravillosa y que restaura rápidamente y conserva la suave y rosada lozanía de la juventud. Aquellas que tengan hermosos cutis y quieran conservarlos y las que quieran recuperar la belleza perdida, deben adquirir en seguida un tubo de Cera Aseptine y usarla de acuerdo con las instrucciones. Su acción calmante y restituidora es verdaderamente asombrosa.

La mujer que con crema PECA-CURA no cuida su belleza, es cual frasco de esencia, destapado, que pierde fortaleza.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,20.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,20, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

PROBAD los jabones, **PROBAD** los polvos color moreno (siete matices), rosa ó blanco, serie "IDEAL", perfumes: ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, ROSA, GINESTA, CHIPRE, ROCIO FLOR, MIMOSA, VERTIGO, ACACIA, MUGUET, CLAVEL, VIOLETA, JAZMIN

3 pesetas pastilla; 4 pesetas caja. **NINGUNO** los supera, **NINGUNO** los iguala en perfume, ni en presentación.—Últimas creaciones de **Cortés Hermanos, BARCELONA.**



SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á la Administración, Herмосilla, núm. 57, Madrid



ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

LA COMPAÑÍA DEL NORTE

La Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España, con objeto de dar facilidades para el regreso de los veraneantes que han concurrido á los puertos del Norte y Noroeste, establecerá, si la afluencia del público lo requiere, trenes adicionales á los expresos y correos que salen para esta corte.

Se recuerda al propio tiempo al público que no podrán despacharse en el tren número 4, entre Irún y Madrid, mayor número de asientos de segunda clase que los que contiene el coche de dicha clase que lleva el citado tren.

Asimismo, para el tren expreso número 2, procedente de Irún, tampoco se despachará mayor número de billetes de tercera clase que los correspondientes al coche de dicha clase que conduce el referido tren.

Es de conveniencia que los viajeros tengan presente que, con objeto de darles mayores facilidades, se expenden en las estaciones y despachos centrales que la Compañía tiene establecidos, desde los siete días anteriores al de salida.

Queda bien entendido que seguirán en vigor las disposiciones consignadas en el cartel general de anuncio de 5 de Junio del corriente año.

Píldoras Saludables

50 de MUÑOZ 20

Céntimos caja En todas las Farmacias Dosis

FÁBRICA DE CORBATAS 13, CAPELLANES, 13

Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Camisas, Guantes, Pañuelos, Casa fundada en 1870.

PECHOS

DESARROLLO, BELLEZA y ENDURECIMIENTO EN DOS MESES con

PILDORAS CIRCASIANAS

Doctor Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. 130 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; Zaragoza, Jordán; Valencia, Cuesta; Granada, Ocaña; San Sebastian, Tornero; Murcia, Seiquer; Vigo, Sadaba; Mallorca, Centro farmacéutico; Alicante, Aznar; Coruña, Rey; Jerez González; Santander, Sotorriño; Sevilla, Espinar; Valladolid, Llano; Bilbao, Barandiarán; Habana, Sarrá; Trinidad, Bastida; Panama, «Farmacia Central»; Cienfuegos, «Cosmopolita»; Caracas, Daboin; Santo Domingo, Fiallo; Quito, Ortiz; Managua, Guerrero; Barranquilla, Acosta-Madiedo. Mandando 6,50 pesetas sellos a Poursarxer, Marqués Duero, 84. Apartado 481, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito

DESCONFIAD DE IMITACIONES



Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6 MADRID



FLORES DEL CAMPO

SOÑADORA BELLEZA

y refinada elegancia se obtienen con el uso de esas selectísimas creaciones de la moderna perfumería científica. Su pureza y finura, unido á su aroma embriagador y voluptuoso, hacen de esos productos inestimables secretos de seductora juventud.

JABÓN • COLONIA • POLVOS • EXTRACTO
RON QUINA • BRILLANTINA • LOCIÓN
ACEITE

FLORALIA

MADRID